

RAND HOTEL

adaptación española de ARTURO MORI

Cubierta

de

este

número:

Raimunda de Gaspar

y

Ramón Elías

en

una

escena

de

Grand Hotel


GRAND HOTEL
PRADILLO

ARTURO MORI

GRAND HOTEL

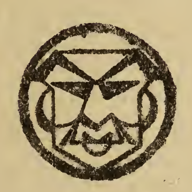
COMEDIA ALEMANA, EN TRES ACTOS, DE

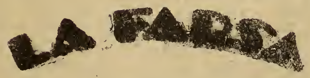
VICKY BAUM

ADAPTADA AL CASTELLANO

Estrenada el día 24 de septiembre de 1932 en el Teatro Cervantes, de Madrid, por la Compañía CARALT

DIBUJOS DE
PRADILLO





AÑO VI ||| 29 DE OCTUBRE DE 1932 ||| NÚM. 268
MADRID

PERSONAJES

Elisabeta Andreievna Grusinskaia.
Cristina Flaemmchen.
Otto Kringelein.
Barón von Gaigern.
El director general señor Preysing.
Doctor Otternsklag.
Susana.
Witte.
Meierheim, empresario.
El juez Zinnovitz.
Schweimann.
El consejero Gersternkorn.
El síndico doctor Waitz.
El encargado de la recepción.
El conserje Senf.
La camarera Anna.
La inspectora.
La telefonista.
Un camarero.
El mâitre de hotel.
El chófer.
Un americano.

Huéspedes, botones, empleados del hotel y del bar, bailarinas profesionales, clientes del bar, jugadores. Agente de policía del Grand Hotel.



CUADRO PRIMERO

La escena está a oscuras. En el primer plano habrá dispuestas cinco cabinas de teléfonos. Oyese música de jazz. También suenan en la escena y en diferentes lugares de la sala de espectáculos timbres de diversas sonoridades, bocinas de automóvil, claxons... Un anuncio que dice: "Gran Hotel", que se enciende y se apaga reiteradamente, dará al público cierta sensación de prólogo luminoso y desconcertador. Oyese la voz monótona de las telefonistas. Esta escena ha de ser hablada con bastante claridad, pero sin exceso de realismo. Ilumínase débilmente la cabina de la telefonista.

TELEFONISTA.—(*Cuya cara y cuyos movimientos aparecen claramente.*) Sí... Aquí es... Gran Hotel... Ahora la pongo la comunicación... ¡Ahora, ahora!... Diga... Sí... Ya escucho... ¿Con el 126?... Sí; ha llegado esta noche... ¡Gran Hotel, Gran Hotel!...

Es aquí... Hable... El número 14 ha salido hace media hora... ¿Eh?... El 235 no contesta... ¡Aló!... Sí, Gran Hotel. El señor no quiere que se le moleste... ¿Con la señora? Bueno... ¡Aló aló! (*Con voz más fuerte.*) Conserje: le reclaman a usted para una conferencia particular. En la cabina dos. Hablen. (*Ilumínase la cabina correspondiente. Simultáneamente óyese el timbre de la cabina una. El Conserje aparece, nervioso, estrujando la gorra que lleva el escudo del Hotel.*)

SENF.—Soy el conserje del Gran Hotel... Sí, señora... ¡Ah! ¿Eres tú, Rosa? ¿Estás en la clínica? ¿Y mi mujer? ¿Cuándo me daréis la sorpresa? ¿Sufre mucho? ¿Qué dice el médico? Comprende mi emoción de padre... Dile que tenga paciencia... No; yo no puedo ir ahora. No puedo dejar el servicio... ¿Qué? No te entiendo, no te entiendo. (*Apágase la luz de la cabina y se enciende la de la inmediata.*)

TELEFONISTA.—Aquí, Gran Hotel... En seguida... Señor Preysing; conferencia con Fredersdorf. En la cabina tres. Hablen. (*Se ve a PREYSING, hombre de unos cincuenta años.*)

PREYSING.—¡Mille! Buenos días... Soy Preysing, sí. ¿Y qué tal por allá? ¿Has oído decir algo de la fábrica?... ¡Ah, bien, bien!... Sí, ya he comido... ¿Cómo? Desde luego, en casa como mejor, créeme... ¿Y los niños? ¡Ah! (*Sonriendo.*) Escucha, Miller: quisiera hablar con tu padre... ¿No sabes? Una desgracia. Me he dejado en casa el estuche de afeitar. ¡Sencillamente horrible!... Buenos días, suegro... Nuestras acciones se sostienen hoy apenas a 162... Sí, sí... Una baja de 25 enteros. La salvación está en fusionarnos con la Sajonia. De lo contrario, las acciones bajarán a cero, y... ¿Qué hago? ¡Pues qué he de hacer sino esperar los acontecimientos! (*La luz se apaga, enciéndese la de otra y se ve a FLAEMMCHEN. Es una muchacha joven y atrayente. Va modestamente vestida, pero con muy buen gusto.*)

FLAEMMCHEN.—Soy Cristina..., la secretaria del juez señor Zinnovitz... Sí; todavía soy yo, Flaemmchen... (*Riendo.*) ¡No fastidies con tus bromas!... ¿Que dónde vamos a bailar hoy? A ninguna parte... No, no puedo... De verdad. El juez me ha enviado al Gran Hotel. Seguramente tendrán que dictarme alguna carta... ¿Joven? ¡No, hombre!... No tengas celos... Es un hombre gordo, viejo y todo lo idiota que puedes imaginar, gerente en una provincia... Creo en Fredersdorf o una cosa parecida. ¡Palabra de honor!... ¡Qué quieres! Es una manera como otra cualquiera de ganarse decentemente dos marcos. ¡No seas insolente! (*Sonriendo.*) Si no fueras quien eres te diría, te diría... (*Oscuro y luz en otra cabina. Se ve a SUSANA, la vieja camarera de la Grusinskaia. Pálida, de maneras anticuadas.*)

SUSANA.—No; he de hablar con el mismo señor Meierheim. El empresario... ¡Gracias a Dios que le encuentro! Soy Susana, la camarera de la señora Grusinskaia... Dice que lo ha pensado mejor y que no está dispuesta a bailar esta noche... Creo que

haría usted bien en venir al hotel... La señora está fatigada... No hace más que llorar... Venga cuanto antes... Usted tiene mucha influencia sobre ella... Sí; mientras, procuraré yo convencerla. (*Oscuro y luz en otra cabina. Se ve al BARON GAIGERN. Un hombre joven, de buen ver. Elegante, maneras deportivas, habla rápidamente, como si no quisiera ser oído. Está fumando un cigarrillo.*)

GAIGERN.—Soy el barón Gaigern. ¿Hablas desde el Club?... ¡No! Lo primero que necesito es dinero... Eso, sí; procuraré que me la presenten... Ya sabes que soy un maestro... Lo de la Grusinskaia es cosa hecha. Esta noche, en el teatro, o al salir del teatro... Pero sobre todo el dinero. He de pagar el hotel, dar unas propinas y ya sabes... ¡No; consejos no quiero! ¡Billetes! ¡Billetes! (*Oscuro.*)

TELEFONISTA.—Aquí, Gran Hotel... En seguida... Señor Kringelein su conferencia con Fredersdorf. La cabina cinco. Hablen. (*Enciéndese la cabina correspondiente y se ve a KRINGELEIN, un tipo ridículo de funcionario,*)

KRINGELEIN.—¿Quién es? ¿Kampmann? Aquí Kringelein... Otto Kringelein... Escucha... Con este ruido no nos entenderemos... Y como aquí tampoco deja oír la música... ¡No te oigo!... Y el caso es que tengo que hablarte aprisa, pues cada minuto cuesta dos marcos noventa... Sí, hombre... Kringelein... Estoy en Berlín y vivo en este demonio de hotel... El Gran Hotel... Con el gerente Preysing... ¿Entiendes?... Te lo contaré aprisa, pero no me interrumpas. ¡Los teléfonos y los taxis son una muerte! Escucha... He ido a visitar a Berlín a un célebre doctor para ver si al fin me entero de que esta enfermedad es la mía... ¿Qué dices? ¿Que qué suerte tengo? ¡Valiente suerte! Para que te enteres, me ha dicho el doctor que tengo vida para muy poco tiempo... (*Gritando.*) ¡Que me voy a morir pronto! ¿Cómo? ¿Que también es una suerte? Se la regalo al que la quiera; pero conste que no vuelvo más a Fredersdorf... Continuaré en Berlín para disfrutar de la vida... ¡Ahora comprendo lo que vale! ¡Lo mucho que vale! ¡La vida... y el teléfono! Ya terminamos, señorita... Adiós... No puedo seguir... Caen los marcos que es un gusto... Sí, señorita, sí. Ya he terminado... ¡Todo cuesta un sentido! ¡Adiós! (*Durante las últimas frases de la escena ha comenzado a oírse otra vez la música. Oscuro en la cabina. Oyense voces simultáneas en todas las cabinas, que se van iluminando y apagándose sucesivamente.*)

CONSERJE.—Póngame con la cámara número 168.

TELEFONISTA.—En seguida.

CONSERJE.—Soy el conserje del Gran Hotel. Acaban de dar las seis. Dígame si he de avisar al chófer de la señora Grusinskaia. (*Varias voces distintas de hombre y de mujer van repitiendo, como un eco que se pierde, el nombre de la Grusinskaia. Este final de cuadro ha de tener un sentido puramente fantástico. Mutación.*)

TELON


PRADILLO



CUADRO SEGUNDO

Una parte del hall del Gran Hotel. El mostrador del portero en lugar visible. Puerta giratoria al fondo. Algunas personas entran y salen para animar la escena. En el primer plano: mesas, sillas. Todo muy lujoso. Un ascensor. Empleados. En un sillón, el doctor OTTERNSCHALAG, un tipo inquietante. Viste con acentuado desgaire: melenas grises. todo afeitado. con un monóculo del que cuelga una ancha cinta negra. El brazo como abandonado fuera del sillón. Expresión siniestra. El director de orquesta, WITTE, de frac, aparece también junto al mostrador del portero. Varios huéspedes conversan. El público oirá algunos fragmentos de su charla, como por ejemplo: "¿Cuándo sale el coche?" "¿Han encargado las localidades para esta noche?" "Deme la llave, haga el favor." Además del botones mencionado, habrá otros que servirán con marcada solicitud a los huéspedes y estarán constantemente atentos al teléfono. Oyese reiteradamente el timbre. Todos están nerviosos: los huéspedes y los botones. Conviene, por cierto, que transmitan esa nerviosidad al público. Solemnemente se levanta el doctor y se dirige al mostrador.

BOTONES.—(*Al teléfono.*) Son las seis, señora... ¿Hay que avisar al chófer de la señor Grusinskaia?... ¿No? ¿Entonces que no venga? Está bien. (*Al botones que está al lado del mostrador.*) Tú, avisa al chófer de la señora Grusinskaia para que no venga.

OTRO BOTONES.—(*Al compañero que más cerca tiene.*) Oye: que no venga el coche de la señora Grusinskaia. (*La orden se repite dos o tres veces. Advertencia importante: a partir de la escena que va a empezar ahora, todas las conversaciones que se oigan junto*

a la Conserjería serán como el complemento de la acción que se desenvuelve en el hall. La única voz, sin embargo, que ha de oírse con claridad, es la del DOCTOR. Las otras aprovechan las pausas de los personajes principales para dejarse oír. Esto contribuirá a dar animación a la escena; pero ha de procurarse que no interrumpan el diálogo central.)

DOCTOR.—(*Apático, desmadejado.*) ¿Hay cartas?

EMPLEADO.—(*Sin mirarle.*) No, señor doctor.

DOCTOR.—¿Telegramas tampoco?

EMPLEADO.—Tampoco, señor doctor.

DOCTOR.—Quizá el portero...

EMPLEADO.—Un momento... Viene en seguida. (*El Doctor vuelve a sentarse. El Empleado atiende a una señora.*) El tren sale a las diez y nueve treinta y cinco, señora. (*Consulta la guía. Entra por la izquierda GAIGERN. Su presentación debe ser perfectamente advertida por el público.*)

GAIGERN.—Buenas noches, maestro.

WITTE.—Buenas noches, barón. ¿Qué tal?

GAIGERN.—¿Y la señora?

WITTE.—(*Sonriendo.*) ¿La Grusinskaia?... Bien, gracias... Hoy está un poco nerviosa... Como tuvo ayer una noche tan desgraciada... ¿No estaba usted en el teatro?

GAIGERN.—Naturalmente. Soy un asiduo espectador de las danzas de la Grusinskaia.

WITTE.—Sí... Ya recuerdo haberle visto en Niza el día de nuestra presentación.

GAIGERN.—Nos encontramos siempre, casualmente, en los vestíbulos de todos los hoteles. A mí este ambiente me encanta.

WITTE.—¡Se está tan tranquilo aquí!

GAIGERN.—¿Le parece a usted?

WITTE.—Si tuviese usted como yo al lado de su habitación la de Grusinskaia, el resto del hotel le parecería un paraíso de tranquilidad.

GAIGERN.—(*Rápidamente.*) ¡Ah! ¿Le molesta a usted tener su habitación al lado de la gran danzarina?, pues no sufra. Yo se la cambio a usted por la mía con mucho gusto.

WITTE.—Ojalá pudiera. Pero no sé cómo lo tomaría ella...

UN SEÑOR.—(*Dirigiéndose rápidamente al mostrador.*) Oigame... ¿Las localidades de anfiteatro están en el primer piso o en el segundo?

EMPLEADO.—Perdone. Un momento... Según los teatros, señor. (*ZINNOVITZ entra por la puerta giratoria.*)

ZINNOVITZ.—¿Está el señor Preysing en el hotel? (*KRINGELEIN sale visiblemente excitado por la izquierda.*)

KRINGELEIN.—(*Al Empleado.*) Escúcheme...

EMPLEADO.—Un momento, señor... Ahora preguntaré a la Comedia en qué piso está el anfiteatro. (*Al teléfono.*)

GAIGERN.—(*A Witte.*) Si le gustara a usted mi habitación más

que la suya, ¿qué inconveniente habría en que cambiásemos? ¿No es usted un hombre independiente?

WITTE.—Soy simplemente un accesorio de sus danzas. Insustituible, nada más. Ella está acostumbrada a tenerme siempre al lado; llama a mi puerta, me utiliza hasta para los más vulgares recados... Comprenderá usted que así no se puede tener personalidad...

GAIGERN.—¿Pero por qué tiene usted que ser esclavo de la Grusinskaia?

WITTE.—Porque... Porque es maravillosa... y no puede uno dejar de quererla..., porque...

EMPLEADO.—(*Al teléfono.*) Sí... ¿Qué dice? ¿Que si puede venir el coche de la señora Grusinskaia? (*Juego de voces como antes.*)

KRINGELEIN.—(*Al Empleado.*) ¿Pero es que no quiere usted escucharme? ¡Y esto es un gran hotel! Le advierto a usted que pago con buena moneda... ¡Con buena moneda! (*Aparte.*) (Aunque de mala gana.)

EMPLEADO.—Un momento.

KRINGELEIN.—Es lo único que sabe decir ese hombre... ¡Un momento, un momento!

ZINNOVITZ.—(*Al Empleado.*) ¿Y el señor Preysing, el director general de la Kafta, está?

EMPLEADO.—En la cabina del teléfono, conferenciando con Fredersdorf...

UN SEÑOR.—¿Bueno, pero qué hacemos con las localidades?

UNA SEÑORA.—¿De modo que enganchan el vagón restaurant a las ocho y media?... ¿Y después qué se hace?

KRINGELEIN.—(*Más alto.*) ¡Estoy harto de que no se me haga caso! Mi habitación... Pregunto si mi habitación... Si mi, mi, mi...

EMPLEADO.—No. El coche de la señora Grusinskaia no hace falta. (*Juego de empleados.*)

ZINNOVITZ.—Quisiera saber si una señora...

LA SEÑORA.—Y por la mañana, ¿dónde hay que transbordar?

EL SEÑOR.—Bueno, pero, ¿cree usted que la obra que representan vale los dos marcos de la butaca?

KRINGELEIN.—¿Me escucha usted o no?

EMPLEADO.—Un momento, señor...

KRINGELEIN.—Lo de siempre; para ese hombre no hay más que momentos en la vida. (*Aparece el PORTERO, un poco cansado. Su actitud contrasta con la del otro empleado. Es atento y cordial, respetuoso y simpático.*)

SENF.—¿Qué desea la señora?

LA SEÑORA.—Para ir al Tarpoh...

SENF.—El tren sale a las diez y nueve treinta y cinco, señora. De Fiedrishtrase... Sleepin... Hay un enlace... Coche restorán... (*Viendo al señor.*) ¡Ah! Sus localidades son magníficas, señor. De todos modos veré si puedo cambiarlas, en el caso de que no le gusten... Por cierto que la obra es interesantísima... Le en-

cantará... (*Al JUEZ.*) El señor Preysing, director general de la Kafta, estará aquí dentro de unos instantes... Ha dicho que tenga la bondad de esperarle, señor juez.

ZINNOVITZ.—Si viene mi secretaria que me aguarde.

SENF.—Sí, señor. (*Secándose el sudor de la frente. A unos botones.*) Mi pobre mujer sufrirá mucho... Acaba de decírmelo el médico.

BOTONES.—Pero cuando venga el crío reventará usted de alegría.

SENF.—(*Mirando al botones despectivamente.*) Si ha de parecerse a ti...

DOCTOR.—(*Yendo otra vez al mostrador del portero.*) ¿Hay algo para mí?

SENF.—(*Leyendo rápidamente las cartas.*) Nada, señor doctor.

DOCTOR.—¿Ha preguntado alguien por mí?

SENF.—Nadie, señor doctor.

WITTE.—(*A Gaigern.*) Observe usted a ese hombre. (*Por el Doctor.*) Siempre está en el hall, nervioso, esperando algo..., algo que no llega nunca.

GAIGERN.—Es un personaje siniestro. Diríase que no existe más que en nuestra imaginación...

WITTE.—Nadie sabe de dónde viene ni adónde va... Ni por qué está aquí.

GAIGERN.—¿Un loco?

WITTE.—¿Un granuja?

GAIGERN.—¿Un... fantasma?

SENF.—(*Al Doctor.*) He visto que el señor doctor ha abandonado otra vez su habitación... ¿Es que se marcha hoy?

DOCTOR.—(*Dudando.*) No. Lo he pensado mejor. Hoy todavía no. Me quedo. (*Vuelve a su sillón.*)

SENF.—(*Al empleado.*) ¿Han avisado al chófer de la Grusinskaia?

EMPLEADO.—Sí; hemos vuelto a avisarle. (*KRINGELEIN entra descompuesto.*)

KRINGELEIN.—(*A Senf.*) Portero... Me han dado una habitación indecente... La peor del hotel...

SENF.—Lo siento mucho, señor. Pero ahora no tenemos otra. Bastante sabe el señor el trabajo que costó encontrarla.

KRINGELEIN.—Al señor Preysing le ha correspondido una estupenda, perfectamente a su gusto. ¿Y por qué a él sí y a mí no? Toda la noche la he pasado oyendo el maldito gemido de una cañería de agua... Además, no hay más que una cama, una mesa y dos sillas... ¿Qué hace uno con tan pocos muebles? ¿Dónde se tumba uno cuando se cansa de estar en la cama?

SENF.—Es una habitación bien orientada y barata.

KRINGELEIN.—¡Pero si yo no le pedía una habitación barata! Quiero vivir confortablemente, porque de otro modo no me hubiera movido de Fredersdorf. Estoy enfermo. (*Con solemnidad*

grotesca.) Muy enfermo y necesito una habitación cómoda, o no necesito nada... ¡Estaría bueno! ¿Estoy o no estoy en un gran hotel?... ¿Eh? ¿Qué me contesta?

FLAEMMCHEN.—(*Entrando gentilmente.*) El señor Preysing, director general de la Kafta... ¿Hace el favor?... O el juez señor Zinnovitz...

SENF.—¿Es usted la secretaria del señor juez, señorita?

FLAEMMCHEN.—Me llamo Cristina Flaemmchen... Y me han dicho que viniese para...

SENF.—El señor juez desea que tenga usted la bondad de aguardarle. (*Flaemmchen se sienta en el fondo y espera.*)

KRINGELEIN.—Deje usted ya esta señorita y ocúpese de mí, señor portero... Le preguntaba a usted que si esto es un gran hotel, y estoy empezando a creer que no... Una fonda y gracias...

SENF.—¿Qué es lo que quiere usted en definitiva?

KRINGELEIN.—Una habitación como la del señor Preysing.

SENF.—Imposible. El señor Preysing la encargó por telégrafo. De todos modos... (*Entra en ese momento el EMPLEADO encargado de recibir a los huéspedes y atender sus reclamaciones.*)

ENCARGADO.—¿Tiene usted alguna queja, señor?

SENF.—No está contento con la habitación, la única que hemos podido ofrecerle, la 599... Yo le decía que el hotel está completamente lleno, pero que en cuanto se pueda...

KRINGELEIN.—Me quejo porque he venido a ese hotel a estar cómodo y tranquilo... Y como he pagado lo que se me ha pedido por la habitación, lo mismo que el señor Preysing, que está suntuosamente instalado..., con dinero..., ¿eh? Con dinero, igual que él, tengo derecho a un trato mejor... ¡Si viera usted adónde me ha llevado! Un cuarto pequeño, en el desván, con el ruidito de una cañería de agua que se me ha metido en la cabeza, como si no hubiera tenido otra cosa en mi vida.

WITTE.—(*Acercándose a los que discuten.*) ¿Por qué no le dais otra habitación a este señor?

ENCARGADO.—Por ahora no es posible. Quizá mañana.

KRINGELEIN.—¿Mañana? Lo mismo que hoy.

WITTE.—Me duele que a ciertos huéspedes se les trate con tan poca consideración. Yo le cedo mi habitación a este señor...

ENCARGADO.—Pero (*Con efusión*), no hace falta que el señor... Yo tengo la seguridad que hoy mismo...

KRINGELEIN.—Permítame que me presente... Mi nombre es Kringelein y vengo de Fredersdorf.

WITTE.—El mío es Witte...

KRINGELEIN.—Tanto gusto.

GAIGERN.—(*Rápidamente presentándose.*) Señor Kringelein... Barón de Gaigern, a sus órdenes.

KRINGELEIN.—¿Cómo ha dicho?

GAIGERN.—Barón de Gaigern.

KRINGELEIN.—¡Ah! Tengo un placer inmenso en... ¿Y cómo sabía usted cómo me llamaba?

GAIGERN.—Acabo de oírle.

KRINGELEN.—Es verdad... (*Riendo.*) Usted perdone.

SENF.—(*Aparte.*) (Se comprende que ese hombre no haya sentido en su cabeza otra cosa que el ruido de una cañería.)

WITTE.—(*Adulador.*) El señor Kringelein ocupará la habitación contigua a la de la Grusinskaia.

KRINGELEIN.—¿Grusinskaia? ¿Esa bailarina de las revistas ilustradas?

WITTE.—La misma. La Grusinskaia. Lisabeta Andreievna, que admiramos todos los días en las revistas ilustradas y, naturalmente, en el teatro.

EMPLEADO.—La señora Grusinskaia pregunta por el señor. (*A Witte.*)

WITTE.—¡Oh! No le deja a uno ni un momento tranquilo. Un día arreglaré mi equipaje y no me verá más. (*Se va haciendo una graciosa reverencia a una y a otra parte.*)

SENF.—El número 559 pasa al 169... Antes de cinco minutos está hecho el cambio, señor Kringelein. La habitación 169 tiene cuarto de baño.

KRINGELEIN.—¿Y puede uno bañarse siempre que le dé la gana?

SENFF.—Es claro. Abre usted los grifos, y todo arreglado.

KRINGELEIN.—Maravilloso... Muchas gracias, señor barón. Ha sido usted muy amable conmigo. Por usted dispongo de una gran habitación y de un baño para remojarme a gusto... ¡La civilización! Ahora perdóneme, pero he de ir a cerrar mis maletas... y a cambiarme de traje. En un gran hotel hay que alternar con gente de mundo, y la sastrería es lo primero... ¿Nos volveremos a ver?

GAIGERN.—¿Por qué no? Cuando haya terminado baje al hall y nos beberemos un cócktel juntos.

KRINGELEIN.—¿Un... qué?

GAIGERN.—Un cócktel.

KRINGELEIN.—Lo que sea ha de ser algo bueno siendo un barón el que lo ofrece...

GAIGERN.—A sus órdenes.

KRINGELEIN.—Encantado de que me haga usted el honor de beber conmigo.

SENF.—¡El ascensor!

KRINGELEIN.—(*Después de saludar grotescamente.*) Mira por dónde voy a tener tratos con la nobleza... ¡Caballero! (*Entra en el ascensor. Gaigern lo contempla sonriendo. Después se sienta y empieza a coquetear primero involuntariamente e intencionadamente con Flaemmchen. Levántase y hace como si se fuera. en el momento en que PREYSING y ZINNOVITZ entran simultáneamente el uno por la derecha y por la izquierda el otro. Flaemmchen súbitamente seria.*)

PREYSING.—(*Al Portero.*) ¿Algún telegrama? Soy el señor Preysing.

BOTONES.—Ninguno, señor.

ZINNOVITZ.—(*Por la izquierda.*) Hola, Preysing.

PREYSING.—Hola, Zinnovitz... (*A los empleados.*) En cuanto llegue para mí un telegrama de Mánchester que me lo entreguen al momento.

ZINNOVITZ.—¿Qué me cuenta?

PREYSING.—No me puedo quejar.

ZINNOVITZ.—¿Y su mujer?

PREYSING.—Como tal mujer nada más que regular, porque se ha olvidado meter en mi maleta el estuche de afeitar... En cuanto a la salud, buena, gracias.

ZINNOVITZ.—¿Y el negocio de Mánchester?

PREYSING.—Marchando. Cuando me propongo algo lo consigo, por difícil que sea.

ZINNOVITZ.—Voluntad...

PREYSING.—¡Y ay del que no la tenga!

ZINNOVITZ.—¡Ah! ¿Es usted Flaemmchen?... Me alegro de verla... Preysing: es la señorita taquígrafa.

PREYSING.—Encantado... Creí que era usted una mujer hecha...

FLAEMMCHEN.—Pues ya lo ve usted: no soy más que una muchacha. ¿Le parece mal?

PREYSING.—(*Mirándola con interés y sonriendo.*) Siéntese. (*La señorita se sienta. Preysing llama a un criado.*) Sírvale usted a la señorita lo que pida por mi cuenta... (*A Flaemmchen.*) Y usted haga el favor de aguardarme... (*A Zinnovitz.*) Convendría que hablásemos un rato de las condiciones en que ha de hacerse la fusión... Es un asunto muy serio.

ZINNOVITZ.—Con diez minutos tenemos de sobra para ponernos de acuerdo.

PREYSING.—Vamos, pues, en busca de las actas que tengo en mi habitación... Le repito que es un asunto muy serio. (*A Flaemmchen.*) Pronto la necesitaré.

FLAEMMCHEN.—(*Levantándose y volviendo a sentarse.*) Estoy a sus órdenes. (*Vanse Zinnovitz y Preysing. Flaemmchen llama a un criado.*) ¡Champán! (*Vase el criado. Flaemmchen enciende un cigarrillo. Gaigern se levanta y se acerca a Flaemmchen. En este momento aparece un CHOFER. Gaigern permanece de pie.*)

GAIGERN.—¿Qué ocurre?

CHOFER.—¿Puede el señor barón disponer de un momento?

GAIGERN.—(*En un diálogo rápido y en voz baja.*) ¿Traes el dinero? Necesito mil...

CHOFER.—(*Llevándose la mano al bolsillo de la americana.*) Ya te contentarás con cien...

GAIGERN.—La vida es cara... Tengo que regalarle todos los días un ramillete de orquídeas, y con esa miseria...

CHOFER.—No hablemos más. Tú me das lo que quiero y tendrás el dinero en seguida. Es mucho abuso.

GAIGERN.—¿Qué te figuras? ¿Que es un juego de chicos? Estoy obligado a ser más hombre de teatro que ella... Hago el papel de un hombre enamorado y he de interpretarlo a la perfección... Además, he intimado con el director de orquesta, que tenía su habitación al lado de la de ella... De lo cual podía yo haberla aprovechado, si no la hubiese cedido a un provinciano ridículo que anda por ahí... Todo esto, como comprenderás, cuesta dinero.

CHOFER.—¿Ya sabes que se va mañana?

GAIGERN.—No importa. Me sobra el tiempo.

CHOFER.—Ha de ser hoy.

GAIGERN.—Mañana...

CHOFER.—Hoy, a las doce, aguardaré en el coche. Es mi últimátum.

GAIGERN.—Procuraré complacerte. Pero eso de no ver ni un billete siquiera.

CHOFER.—Hoy, a las doce. Antes, ni un céntimo... Llevas cobrados sesenta mil... No es un mal negocio.

GAIGERN.—Regular.

CHOFER.—De modo que...

GAIGERN.—Ahora tengo que esperar aquí al señor Kringelein. (*Alto.*) ¡Puedes retirarte!

CHOFER.—Está bien, señor barón. (*Hace una reverencia y se va. Gaigern se acerca a Flaemmchen y coquetea con ella. El empresario MAIERHEIM entra precipitadamente por la puerta giratoria.*)

MAIERHEIM.—¡La señora Grusinskaia!... ¿Está aquí todavía? El espectáculo ha empezado... Y si no viene en seguida... ¡la catástrofe!

SENF.—La señora está en su habitación, señor Maierheim.

MAIERHEIM.—¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Su coche! ¡Rápidos! (*Movimientos de empleados.*)

VARIAS VOCES.—¡El coche de la señora Grusinskaia!

MAIERHEIM.—¡Así, así! ¡Vivos! ¡El coche de la señora Grusinskaia! ¡El coche de la señora Grusinskaia! (*Mientras el empresario se precipita hacia el ascensor, los empleados siguen el movimiento. Suenan diversos timbres.*)

PORTERO.—(*Al teléfono.*) Señora, son las seis... ¿Podemos avisar al coche?

OTRO BOTONES.—Son las seis. Yo mismo subiré.

VOCES DIVERSAS.—¡El coche de la señora Grusinskaia!

MUTACION



CUADRO TERCERO

La cámara de la Grusinskaia.

Escena dividida. A la izquierda la habitación de KRINGELEIN, oscura. A la derecha la cámara de la GRUSINSKAIA. En medio la sala de baño de la última. Mucha suntuosidad. Sobre la chimenea de la segunda cámara, un reloj. Otro reloj de viaje sobre una mesa. Armario de luna. Tocador. En el fondo una puerta blanca y pequeña. Al fondo derecha, puerta de salida; un baúl a medio abrir. Un joyero pequeño y una lámpara de pie, encendida, sobre el tocador. En el suelo algunas revistas. La Grusinskaia es una mujer delicada, flexible, de unos treinta años de edad, muy bella; un tipo semejante al de la Paulowa. Aparece tumbada sobre la cama turca leyendo una revista. Lleva una bata de seda china (sin pijama). SUSANA es su camarera; sentada junto al tocador zurce unas medias de la señora. Suena el teléfono. La Grusinskaia no se mueve. Susana acude al aparato.

Susana.—Sí; la habitación de la señora Grusinskaia. Sí, señor. Muchas gracias. (*A su señora.*) Señora, son las seis y el portero pregunta si ha de avisar el coche.

Grusinskaia.—No.

Susana.—Recuerdo a la señora que la representación habrá empezado ya; y si la señora quiere llegar a tiempo para su baile...

Grusinskaia.—Esta noche no bailaré.

Susana.—(*Al teléfono.*) Muchas gracias. Más tarde. Esto es. Ya avisaremos. (*Se sienta de nuevo y sigue zurciendo. La Grusinskaia deja caer al suelo la revista que leía.*)

Grusinskaia.—Estoy fatigada. Nunca me he sentido tan fatigada como ahora. No podría bailar aunque quisiera.

SUSANA.—Ya le pasará, señora. Cuando la señora se present por primera vez en Bruselas—¿se acuerda?—también estaba mu fatigada. La travesía del canal fué dura y, sin embargo, la seño ra consiguió un gran éxito... ¿Verdad, señora?

GRUSINSKAIA.—Pero la noche de ayer no fué buena, Susana. Y hoy tengo miedo de bailar... No, no quiero bailar más.

SUSANA.—(*Asustada.*) ¿Nunca más?

GRUSINSKAIA.—Quiero decir como una obligación... (*Levanta un de sus piernas y la tiene en el aire unos momentos.*) Porque tem que esto sea más que cansancio; temo que sea el final de m arte...

SUSANA.—(*Sorprendida.*) ¡Oh, no! ¡No diga estas cosas la se ñora! ¡El final! ¡Cuando le llueven contratos por todas partes Ahora mismo.

GRUSINSKAIA.—Sí, sí; pero todo se acaba. Llega un día en qu caen los ídolos que más altos estaban. Y ya ha sonado mi hora Yo misma la he oído sonar. Al mismo tiempo que una palabr terrible se pronuncia a todas horas a mi alrededor. La dicen la personas por dentro, la dicen los muebles. La dice el piano... esta palabra es: ¡Basta! ¡Basta! ¡Assez! ¡Assez! (*Se levanta da unas vueltas por la habitación y se mira al espejo. Luego sac un collar de perlas del joyero y lo oprime contra la frente. Vue ve a mirarse al espejo.*) ¡En estas perlas, Susana, está mi desgracia

SUSANA.—Los nervios, señora, son malos consejeros.

GRUSINSKAIA.—¡Qué nervios! ¡Lo veo todo tan claro! El fra caso, la indiferencia... Las perlas están muertas, y yo también.. Hemos pasado... Hay que conformarse.

SUSANA.—El señor embajador de Francia ha enviado a la señor una magnífica cesta de rosas.

GRUSINSKAIA.—¡Valiente consuelo! El embajador de Francia e un hombre viejo; educado, eso sí, pero nada más, como el prí cipe Sergio. ¡Qué mezquino se ve el mundo cuando se mira clar mente!... ¡Mi vida gloriosa!... Aquellos grandes duques rusos, q también pasaron... ¡Oh, las perlas!... ¡Oh, la Grusinskaia! (*Arroj las perlas lejos de ella.*)

SUSANA.—¡Dios mío, las perlas! ¡Si se rompieran, válganos Señor! ¡Qué desgracia tan grande!

GRUSINSKAIA.—No se pueden romper... Son indestructibles, co el conjuro de la mala suerte.

SUSANA.—La señora conseguiría un éxito muy grande. ¡Segur

GRUSINSKAIA.—¡No me importan los grandes éxitos! No l quiero... Ni hoy, ni mañana, ni nunca...

SUSANA.—Pero al embajador francés habrá que decirle...

GRUSINSKAIA.—¡Los hombres! ¿Crees tú que siente por mí siquiera un poco de estimación?... ¡Te equivocas! Todo es va dad, soberbia en ellos. Eso de poder llamarse amantes de la act de más relieve les vuelve locos. ¡Qué asco! (*Llaman.*)

SUSANA.—Pase. (*Un BOTONES con un ramo de orquídeas.*)

BOTONES.—Para la señora Grusinskaia.
SUSANA.—Gracias. (*Vase el Botones.*) Más orquídeas, señora.
GRUSINSKAIA.—(*Hundiendo la cara en las flores.*) ¿De quién?
SUSANA.—Viene sin tarjeta. Como siempre.
GRUSINSKAIA.—Así resulta más agradable el obsequio, porque no tienes que agradecerlo.
SUSANA.—Seguramente es del joven aquel que...
GRUSINSKAIA.—¿El de Niza? (*Susana asiente.*) Parecía un buen chico... Pero, ¡no hay que fiarse de las apariencias!
SUSANA.—Son más de las seis, señora... El coche... (*Ninguna respuesta. Rápidamente va Susana al teléfono.*) ¡Aló! Avisen el coche de la señora.
GRUSINSKAIA.—¡No, no! ¡He dicho que no!
SUSANA.—(*Al teléfono, decepcionada.*) ¡Aló! Que no lo avisen.
GRUSINSKAIA.—¿Y Witte? ¿Dónde está Witte? (*Chillando.*) Witte. (*Llama a la puerta de la habitación de al lado y escucha.*) Nadie... No está.
SUSANA.—A lo mejor está todavía en el hall sentado. (*Al teléfono.*) Oiga... Dígale al señor Witte que venga rápidamente a la habitación de la señora Grusinskaia. (*Volviendo.*) Vamos, señora... Anime esa cara... Las flores dan alegría... ¡Mire qué bonitas son estas orquídeas! Sin duda enviadas por un hombre joven que debe de ir al teatro todas las noches, debe de comérsela a usted con los gemelos... (*Llaman.*) Pase. (*Aparece WITTE.*)
WITTE.—¿Me has llamado? Perdóname. Estaba en el hall...
GRUSINSKAIA.—¿Por qué no estabas en tu habitación?
WITTE.—(*Sonriendo.*) Es que Lisabeta Andreievna es una vecina tan inquieta.
SUSANA.—(*Colocando las perlas en el tocador.*) La señora está un poco febril.
GRUSINSKAIA.—No es fiebre lo que tengo; es angustia... ¡Ay, Witte, estoy terriblemente angustiosa! (*Dirigiéndose a Susana, tomándole los zapatos de baile, que se pone mientras habla.*) No... Todo se ha acabado, Witte. No quiero bailar más. (*Timbre de teléfono.*)
SUSANA.—(*Al teléfono y después a su señora.*) El chófer dice...
GRUSINSKAIA.—No le necesito para nada, no le he llamado...
SUSANA.—Como es la hora de ir al teatro...
GRUSINSKAIA.—¡Pero yo no he llamado! Que me dejen tranquila. (*Ensaya un paso de baile con los zapatos puestos.*)
SUSANA.—(*Al teléfono.*) Que se vaya.
GRUSINSKAIA.—(*Gran gesto.*) ¡Soy terriblemente infortunada, Witte!
SUSANA.—¿Se viste la señora?
WITTE.—Anda, Lisabeta, que ya es hora. Deja correr la depresión y vístete.
GRUSINSKAIA.—¡He dicho que no, y basta! (*Se abre la puerta y entra precipitadamente el empresario MEIERHEIM.*)

MEIERHEIM.—¿Pero qué es eso? ¿Se ha vuelto usted loca? ¡No es hora de soñar!... El telón está arriba... Buenos días, Witte... Hola, Susana... Esa mujer me arruina, me mata... La esperaba en el teatro... ¡Inocente de mí!... ¡Díganme ustedes ahora cómo queda la disciplina!... Relajada, destrozada... ¡Qué ejemplo para los coristas!... ¡Ah, pero conmigo no se juega!... Tengo un contrato... (*A la Grusinskaia.*) ¿No ha pensado usted en el contrato?... ¿Y en las multas por llegar tarde?... ¿No ha pensado usted tampoco en las multas?

GRUSINSKAIA.—¡Si lo que voy hacer no es llegar tarde; es mandar el contrato a paseo! ¡Romperlo!

MEIERHEIM.—¡Oh! Bien... Digo, mal... Porque lo que usted quiere es rescindir... ¡Rescindir! Esto faltaba. ¿Y a quién pongo en su lugar?

GRUSINSKAIA.—A la Deprés.

MEIERHEIM.—(*Mirando a Witte y a Susana.*) La Deprés. Para ver bailar a la Deprés no hay quien pague treinta marcos... ¡El teatro vacío! ¡Me hunde usted, me arruina!

WITTE.—Lisabeta, hija... No querrás que nos desesperemos todos por una toninada de tus nervios...

SUSANA.—Es que de verdad la señora no se encuentra bien.

MEIERHEIM.—Callen todos, por favor. Lisabeta trabajará esta noche como todas. Es una gran bailarina y se debe a su arte magnífico. Bailará, lo dice Meierheim. A nuestro público no se le puede engañar. El teatro está todo vendido. Y eso de volver el dinero... (*Trágico.*) ¡Vamos, que no!...

GRUSINSKAIA.—¿Está todo vendido el teatro? ¿De veras?

MEIERHEIM.—(*Con un gesto intencionado a Witte.*) ¡Cuando Meierheim lo dice! El príncipe hace ya mucho rato que ocupa su palco... Han ido dos ministros... Mary Wigman ha venido expresamente de Dresde... ¡Y quiere usted que baile la Deprés! A coro gritarían todos: "¡Queremos la Grusinskaia, queremos la Grusinskaia!"

GRUSINSKAIA.—(*Convencida.*) Váyase al hall. Dentro de dos minutos estaré con usted. (*Todos respiran satisfechos.*)

MEIERHEIM.—¡Qué delicia de mujer! ¿Dos minutos nada más, eh? ¡Dos minutos! ¡Anda, Witte, de prisa! ¡Susana, volando! ¡Las perlas! ¡Pero si las ha tirado al suelo!

GRUSINSKAIA.—(*A Witte.*) ¿Y si hoy fracaso, maestrillo? (*Susto general.*)

TODOS.—(*A la Grusinskaia.*) ¡No! ¡Imposible! ¡Jamás!

SUSANA.—¿Qué abrigo, señora?

GRUSINSKAIA.—El verde. Tráeme también las orquídeas.

MEIERHEIN.—(*Al teléfono, precipitadamente.*) El coche de la señora Grusinskaia. En seguida, en seguida. (*Se seca el sudor de la frente. El final del cuadro ha de ser de conjunto. Todos ayudan a poner el abrigo a la Grusinskaia. Todos dicen frases de jubilosa inquietud.*)

MUTACION



CUADRO CUARTO

El hall como en el cuadro segundo y tal como lo hemos dejado. GAIGERN está al lado de FLAEMMCHEN. Esta escena ha de ser interpretada como si fuera una inmediata continuación de la segunda escena y como simultánea de la tercera. El doctor sigue sentado apáticamente en su silla.

GAIGERN.—No lo dude usted, señorita. Nos hemos conocido en Baden-Baden... Hasta juraría que bailamos un tango juntos... ¡No me diga que no! (*Durante esta corta escena óyese la música de jazz, que penetra por la puerta abierta que da al bar. La mecanógrafa hace un gesto de enojo involuntario.*)

FLAEMMCHEN.—No he estado nunca en Baden-Baden.

GAIGERN.—¡Qué lástima! ¡Hubiera sido tan bonito que hubiese usted dicho que sí!

FLAEMMCHEN.—Pues es que no. Esta vez le ha fallado el truco.

GAIGERN.—Bueno, y ahora sin trucos: ¿puedo sentarme a su lado? ¿Puedo preguntarle si vive usted en el hotel y si quiere... volver a bailar conmigo?

FLAEMMCHEN.—¡Cuánto corre usted! Pero el caso es que estoy esperando que vengan a darme trabajo. Después, por la tarde...

GAIGERN.—¡Qué fatalidad! Por la tarde no puedo... Voy al teatro a ver a la Grusinskaia.

FLAEMMCHEN.—¿Por obligación?

GAIGERN.—Por obligación.

FLAEMMCHEN.—El amor obliga mucho...

GAIGERN.—Cuando usted lo dice...

FLAEMMCHEN.—¿Qué tal es, ella?

GAIGERN.—Maravillosa... Pero usted me gusta más... ¡Bastante más! ¿Cómo se llama?

FLAEMMCHEN.—Flaemmchen.

GAIGERN.—¿Y por qué no nos encontramos, por ejemplo, mañana por la tarde, cuando haya usted acabado su..., vamos, su trabajo?

FLAEMMCHEN.—(*Rápidamente.*) ¿Aquí?

GAIGERN.—En el hall.

FLAEMMCHEN.—¿Palabra de honor?

GAIGERN.—Palabra de hombre enamorado. (*Aparece en el ascensor la GRUSINSKAIA, seguida de MEIERHEIM, SUSANA y WITTE. Susana lleva el joyero. Gaigern se echa a un lado y saluda.*)

MEIERHEIM.—Aprisa, que faltan dos minutos para las siete.

BOTONES.—Un telegrama para la señora Grusinskaia.

GRUSINSKAIA.—Venga.

MEIERHEIM.—(*Contrariado.*) Luego lo verá usted.

GRUSNSKAIA.—(*Leyendo.*) Es de Prech.

MEIERHEIM.—¿Qué quiere?

GRUSINSKAIA.—El contrato de Budapest está rescindido. ¿Quién se atreve a decir que tengo suerte? ¡No danzo con las perlas pese a quien pese!

SUSANA.—¡Madre mía!

WITTE.—¡Supersticiosa!

GRUSINSKAIA.—(*Casi llorando.*) Eso no es ser supersticiosa. El príncipe se ha muerto y yo me he quedado con las perlas. ¡Horrible!

SUSANA.—¿Qué hago entonces?

GRUSINSKAIA.—Llévalas a la habitación.

PORTERO.—Con permiso... Si la señora puede esperar dos minutos es mejor que las deje en la cámara acorazada del hotel.

MEIERHEIM.—¡Dos minutos! ¡Imposible!... Y ahora dígame usted: ¿Cómo bailará la danza de las perlas sin perlas? ¡Supongo que no querrá que se produzca un escándalo en el teatro! Susana, trae acá las perlas. Witte, el coche...

GRUSINSKAIA.—Con las perlas no danzo. Ni en el teatro quiero verlas. (*Salen.*) ¡Vamos! (*Susana desaparece por el ascensor. En el momento en que la Grusinskaia sale entra el CHOFER al hall. Meierheim y Witte han salido con la bailarina haciendo aspavientos. Gaigern ha estado observando detenidamente la caja de las perlas que llevaba Susana, mientras fumaba un cigarrillo. El Chófer permanece de pie a una distancia conveniente.*)

GAIGERN.—Perdone, Flaemmchen. (*Al Chófer.*) ¿Qué hay?

CHOFER.—Es hora de ir al teatro, señor barón.

GAIGERN.—Hoy no vamos al teatro. (*Bajo.*) (Las perlas están en el hotel...)

CHOFER.—(*Bajo y mirando a Flaemmchen.*) (Lo que hay en el hotel es otra cosa.)

GAIGERN.—No me hables con el cigarro en la boca. Te olvidas de tu papel con demasiada facilidad... A las doce espérame en la esquina de costumbre. Todo va espléndidamente. Las perlas serán nuestras. Vete.

CHOFER.—Está bien, señor barón. (*Sale.*)

GAIGERN.—(*Otra vez a Flaemmchen.*) Otra vez aquí. Ya tardaba el momento de volver a verla.

FLAEMMCHEN.—Márchese tranquilo al teatro.

GAIGERN.—No voy. (*Fuma nerviosamente el cigarrillo.*)

FLAEMMCHEN.—¿Por qué?

GAIGERM.—Porque la he conocido a usted.

FLAEMMCHEN.—¡Esto sí que es bueno! (*KRINGELEIN sale del ascensor y habla con el portero.*)

GAIGERN.—Ya tenemos aquí al señor Kringelein.

FLAEMMCHEN.—¿Qué tipo, verdad? (*El doctor OTTERNSCHLAG conversa con Kringelein.*)

DOCTOR.—¿Ha cambiado la habitación?

KRINGELEIN.—(*Satisfecho.*) Sí, señor.

GAIGERN.—(*A Flaemmchen.*) Espere. (*Se dirige a Kringelein.*) Buenas tardes, señor Kringelein. Creí que no bajaba.

KRINGELEIN.—¡Siempre tan amable conmigo, señor barón.

GAIGERN.—Venga usted a sentarse a nuestra mesa. Le presento a la señorita Flaemmchen... El señor Kringelein... ¡Una persona seria! (*Kringelein se sienta, cada vez más satisfecho, entre los dos. El Doctor se sienta detrás de ellos. Adviértese durante el siguiente diálogo que Kringelein mira con frecuencia al Doctor, cuya presencia le impresiona un tanto.*)

FLAEMMCHEN.—¿Por fin le han dado a usted una habitación a su gusto?

KRINGELEIN.—Gracias por su interés... Es un encanto... ¡Ahora sí que estoy bien!... Baño... Agua caliente y fría... Las cañerías más silenciosas que un muerto... Mesa... Secreter... Una tapicería de primer orden... Yo pertenezco al ramo del tejido, ¿saben ustedes? Y sé lo que es bueno... También tengo una estatuita de bronce sobre la mesa... Hasta un pie de madera para limpiarse uno mismo los zapatos... Estoy en un plan disparatado. Pero, ¡qué quieren ustedes!; cuando se está enfermo (*Mirando al Doctor*) es cuando más se desea aprovechar la vida. Quiero divertirme, beber champán a todo pasto... Ya sé que es caro... Lo he visto en la lista... Doce marcos la botella... Pero... ¡Si supieran ustedes con qué ilusión lo bebo!... ¡Ah, les participo que la friolera alimenticia que a mí me gusta es el caviar!... ¡Sabe a sardinas que es un gusto!... Buena mesa, buena cama, espec-

táculos agradables... Y si esto no es la vida, ¿qué es la vida entonces?... (*A Flaemmchen.*) ¿Le hacen gracias mis palabras, señorita?

FLAEMMCHEN.—¡No, por Dios!

KRINGELEIN.—¡La vida! Usted, que es un manojo de rosas, la ve de un modo, y yo, que soy un enfermo, de otro... ¡Pero los dos tenemos derecho a ella!

GAIGERN.—Le invito a divertirse con nosotros esta noche.

KRINGELEIN.—¡Acepto!

GAIGERN.—Flaemmchen también vendrá.

FLAEMMCHEN.—Gracias, pero estoy invitada.

KRINGELEIN.—Excúsese como pueda... ¡Sería tan hermoso!...

FLAEMMCHEN.—He dicho que estoy invitada... a trabajar... Con el señor Preysing.

KRINGELEIN.—¡Ya sé quién es! Precisamente he de liquidar una cuestión con él. (*Entran PREYSING y ZINNOVITZ.*)

PREYSING.—(*A un Botones.*) Necesito el salón de conferencias para las siete. (*A Zinnovitz.*) Tenemos que hablar mucho. (*A Flaemmchen.*) ¿Puede usted venir con nosotros? (*Flaemmchen se levanta atentamente. Y Kringelein va hacia Preysing muy ceremonioso.*)

KRINGELEIN.—Señor director...

PREYSING.—(*Sin apenas mirarle.*) Hola. (*Al Botones.*) Cuando llegue un telegrama... (*A Zinnovitz*) de Mánchester... (*Al Botones*) que lo suban al momento.

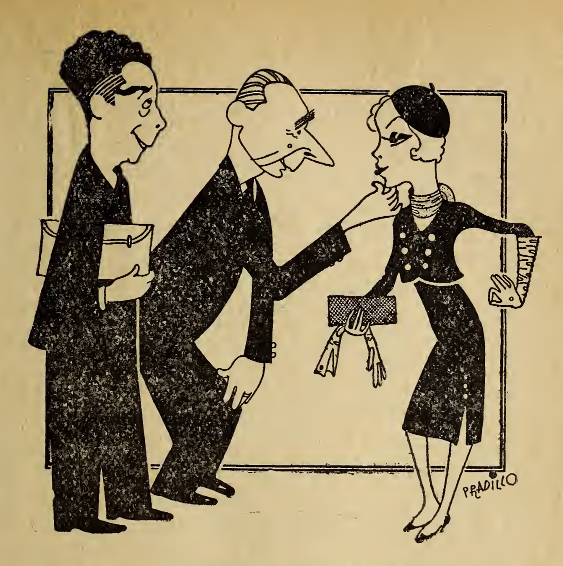
KRINGELEIN.—Tengo el honor de saludarle...

PREYSING.—Servidor... Vamos Zinnovitz. (*Se van los dos. Kringelein permanece de pie como atontado. El Doctor ríe disimuladamente. Todos miran a Kringelein.*)

KRINGELEIN.—(*Aparte.*) (¿Estaré en ridículo?)

DOCTOR.—(*Sangriento.*) ¡La vida, señor Kringelein, la vida!

MUTACION



CUADRO QUINTO

Corredor del Hotel. Una mesa con flores y dos sillones. Al empezar la escena óyese el tic-tac de una máquina de escribir y una con acento americano que dicta.

AMERICANO.—(*Dentro.*) We beg to say that out representative... (*Aparecen PREYSING y ZINNOVITZ. Detrás un BOTONES.*)

PREYSING.—(*Al Botones.*) Hemos pedido el salón de conferencias para las siete.

BOTONES.—Voy a ver.

AMERICANO.—(*Dentro.*) Will call you in the coirse of the nex weec... (*Vuelve el BOTONES.*)

BOTONES.—El señor no entiende... Si desean los señores que avise al intérprete...

ZINNOVITZ.—No. Vete. (*Hacia donde se supone que está la sala de conferencias.*) ¿Terminará usted pronto, caballero? (*Accionando expresivamente para que le entienda.*)

AMERICANO.—(*Dentro, sin hacer caso.*) The Eureka Motor Company Springfield Massacheussetta...

ZINNOVITZ.—Ni oye, ni ve, ni entiende...

PREYSING.—Ni tiene educación. ¿No le ve usted en mangas de camisa, mascando un puro y con el sombrero sobre el cogote? Esperaremos. (*Pasa otro Botones.*) Pregunta si ha llegado un telegrama para mí. (*Vase el Botones.*)

ZINNOVITZ.—Es raro que no haya llegado todavía ningún telegrama de Mánchester... ¿Aceptarán?... ¿Habrán rehusado?

PREYSING.—No sé nada. ¿Habló usted con aquel señor de la Sajonia?

ZINNOVITZ.—Sí, eso sí.

PREYSING.—¿Y qué?

ZINNOVITZ.—La conferencia ha de celebrarse mañana a las diez. Si vamos a ella con excelentes noticias de Mánchester, podemos dar por hecha la fusión con los de la Sajonia. Pero si los de Mánchester no quieren nada con nosotros, la situación será delicada... Se lo digo a usted francamente. Sus acciones, señor Preysing, están muy bajas, y no hace falta decir lo que pasaría en bolsa mañana si esta conferencia fracasase...

PREYSING.—¿Sería mejor dejarlo?

ZINNOVITZ.—¡De ningún modo! La impresión sería espantosa... Los negocios requieren un trabajo muy fino...

PREYSING.—Pero la bolsa... (*Zinnovitz silba.*) ¡Hay que procurar la fusión, sea como sea!

ZINNOVITZ.—¿Supongo que no cerraría usted su fábrica si la fusión no se realizase?

PREYSING.—Tanto como eso, no... Pero es preciso triunfar. A todos nos preocupa la respuesta de Mánchester.

ZINNOVITZ.—(*Rascándose la barba.*) Podemos decir que Mánchester ya ha aceptado.

PREYSING.—Eso sería "bluf". No me gusta hacer castillos en el aire. Prefiero sobre bases sólidas...

ZINNOVITZ.—Comprendo. Es usted un ejemplo de honestidad comercial.

PREYSING.—(*Excitado.*) ¡Claro! ¡Un hombre honrado! Difícil le sería a usted encontrar otro como yo... Un hombre correcto, una vida transparente... En fin, la felicidad de la conciencia.

ZINNOVITZ.—Pero lo que menos importa aquí es presentar una buena hoja de servicios. Es indispensable conseguir que esta gente suscriba las acciones. Esto es todo.

PREYSING.—Dictaré la memoria... (*Llama. Entra un BOTONES.*) Que venga la secretaria del señor juez.

ZINNOVITZ.—Esa señorita que está en el hall aguardando.

PREYSING.—Tenemos que trabajar.

BOTONES.—Perfectamente. (*Vase.*)

ZINNOVITZ.—No se olvide usted, señor Preysing, de mi consejo. Del que voy a darle ahora. Cuando hable de Mánchester en la memoria muéstrese optimista... Aventúrese a decir incluso lo que no siente...

PREYSING.—No sé mentir.

ZINNOVITZ.—Pues aprenda. Una mentira a tiempo es la mejor colaboradora de los hombre de negocios

PREYSING.—(*Tristemente.*) No me lo hubiera figurado nunca. (*Entra FLAEMMCHEN.*)

FLAEMMCHEN.—Dígame, señor Preysing. (*Se empolva con coquetería.*)

PREYSING.—¡Hola, señorita!

ZINNOVITZ.—(*Aparte a Preysing.*) (Sin escrúpulos... A ver si la compañía le anima.)

PREYSING.—Yo soy quien soy.

ZINNOVITZ.—Pero un poco de optimismo no vendrá mal. (*Vase.*)

FLAEMMCHEN.—¿Taquigrafía?

PREYSING.—Ahora sí. Hasta que nos dejen libre el salón de conferencias. (*Flaemmchen saca de su bolso cuaderno y lápiz.*) ¿Es usted la secretaria del señor juez?

FLAEMMCHEN.—Le ayudo de vez en cuando.

PREYSING.—¡Qué raro!

FLAEMMCHEN.—¿Por qué?

PREYSING.—Me extraña que el amigo Zinnovitz no la necesite a usted todo el día...

FLAEMMCHEN.—¡Las cosas!

PREYSING.—¿Y quién era aquel señor del hall con quien usted hablaba?

FLAEMMCHEN.—Un conocido.

PREYSING.—¿Tiene usted muchos conocidos?

FLAEMMCHEN.—Los que se presentan.

PREYSING.—¿Le gustaría a usted una colocación estable?

FLAEMMCHEN.—La estoy buscando. Pero a mí lo que me hubiera gustado es ser estrella del cine.

PREYSING.—Todas lo mismo... ¡Y pensar que usted, con esa cara! ¿En dónde la he visto a usted retratada?

FLAEMMCHEN.—En algunos anuncios seguramente. Dicen que tengo un cuerpo muy bonito y me reclaman algunas veces para la propaganda de algún jabón o de unas pastillas para redondear el pecho... Pero pagan muy mal... Diez marcos cada posse... ¡Una miseria!... ¡Lo bonito es ser libre!

PREYSING.—Siéntese y empecemos. (*Preysing enciende un cigarrillo y Flaemmchen se acerca a la mesa y escribe.*) "Señores: Desde el 11 de junio de este año estamos en negociaciones preliminares para una fusión de las hilaturas de lanas de Fredersdorff con la Sajonia... Y a estas horas se ha llegado ya a una inteligencia beneficiosa para ambas partes..." Que manos tan morenas tiene usted, señorita...

FLAEMMCHEN.—Es la nieve... El skis...

PREYSING.—Debe ser muy divertido contarse entre sus conocidos... Me gustaría probarlo.

FLAEMMCHEN.—(*Repitiendo lo escrito.*) "Una inteligencia beneficiosa para ambas partes."

PREYSING.—¿Decía usted?
FLAEMMCHEN.—Repetía su dictado.
PREYSING.—A veces hay coincidencias oportunísimas... Pero, no se asuste usted. Soy padre de familia, tengo hijas casaderas.
FLAEMMCHEN.—¿Me permite que encienda un cigarrillo? (*Lo enciende.*) El año pasado un joven que era profesor me llevó a Florencia... Lo pasamos muy bien.
PREYSING.—(*Dictando.*) "Beneficiosa para ambas partes y que sitúa el negocio en condiciones envidiables." ¡Qué brazos!
FLAEMMCHEN.—(*Repitiendo.*) "Envidiables".
PREYSING.—¿Qué?
FLAEMMCHEN.—Repito... "Envidiables". (*Entra un BOTONES.*)
BOTONES.—¡Señor Preysing! El telegrama que esperaba.
PREYSING.—(*Brillándole los ojos toma el telegrama.*) ¿De Mánchester!
BOTONES.—Sí, señor. (*Vase. Preysing lee precipitadamente el telegrama y palidece. Flaemmchen no le pierde de vista. Tanta impresión le ha producido a Preysing el despacho que tiene que sentarse.*)
PREYSING.—¡Y ahora qué!
FLAEMMCHEN.—¿Algo malo? (*Coge el telegrama y lo lee.*) "Contrato rehusado. Brosaman." Malas noticias, en efecto... ¿Vale la pena de que sigamos escribiendo?
PREYSING.—¿Por qué no? Esto no es una mala noticia... ¡Qué sabe usted de mis asuntos!... Por cierto que ha hecho usted mal en leer el despacho.
FLAEMMCHEN.—Discúlpeme. Soy así. Pero estoy segura de que en el cine armaría un escándalo. ¿Se encuentra usted mal? ¿Quiere un vaso de agua?
PREYSING.—No, gracias... El telegrama no tiene ninguna importancia... Es de mi representante. (*Muy nervioso.*) Y me da en él nuevas muy gratas... ¡Una excelente información! Lo que pasa es que es un telegrama cifrado, y por eso lo lee usted, y como si nada... ¿Comprende?...
FLAEMMCHEN.—Sí, señor.
PREYSING.—Continuemos, pues... (*Dictando.*) "La insuperable situación que se encuentra..."
FLAEMMCHEN.—¿Insuperable?
PREYSING.—(*Haciendo un gran esfuerzo de conciencia.*) Insuperable... Brillante... ¡Brillante! (*Al hacerse la mutación y cuando dice Preysing las últimas palabras, sigue oyéndose dentro la máquina de escribir y el dictado del Americano.*)

MUTACION



CUADRO SEXTO

Dos habitaciones del Hotel, con el cuarto de baño en medio, o sea como el cuadro tercero. A la izquierda, la cama de la GRUSINSKAIA, aun a oscuras. A la derecha, la de KRINGELEIN, iluminada. Ambas se parecen en el decorado y en los muebles, En escena. en la habitación de Kringelein, éste y GAIGERN, muy nervioso. Kringelein se entretiene en encender y apagar las luces. Va en mangas de camisa.

KRINGELEIN.—Aquí tiene usted la cartelera de espectáculos.

GAIGERN.—¿Ha visto algo que nos convenga para esta noche?...

KRINGELEIN.—Todas las funciones me parecen magníficas. (*Hojea la revista.*) ¿Al Palaskino? ¿A la Escala?... ¿Qué le parece mejor?

GAIGERN.—(*Distraído.*) Cualquiera...

KRINGELEIN.—¿Y después?

GAIGERN.—A un cabaret... Un poco de danza, bar, champán.

KRINGELEIN.—¡Eso! ¡Champán!... ¿Y qué más?

GAIGERN.—Quiere usted saber demasiado. (*Da unos paseos por la habitación. Intenta abrir la puerta de la izquierda, que da a la habitación de la Grusinskaia, y la puerta cede. Vuelve a cerrar en seguida y silba la misma tonada que toca el jazz del hotel. Kringelein mientras juega con el grifo.*)

KRINGELEIN.—Agua caliente... Agua fría... (*La DONCELLA entra con una mezquina y anticuada maleta y un saco de viaje pasado también de moda.*)

DONCELLA.—¿Este es todo el equipaje?

KRINGELEIN.—Todo. (*Vacilando, entrega una moneda a la Donce-*

lla, pero como esta parece decir con el gesto que es poco, Kringelein, después de mirar tímidamente al barón, tira de cartera, saca un billete de diez marcos y se lo entrega a la Doncella.)

DONCELLA.—(*Contenta.*) ¡Muchas gracias, señor!

KRINGELEIN.—(*Muy fino.*) ¡No hay de qué! ¡Es costumbre! (*La Doncella mete en el armario unas botas, la bolsa de viaje y un paquete de notas, mientras el barón, con la espalda apoyada en la puerta de comunicación, observa a la Doncella.*)

DONCELLA.—Con el permiso del señor barón, cerraré.

GAIGERN.—(*Separándose de la puerta.*) Cierra.

KRINGELEIN.—¿Quién vive ahí?

DONCELLA.—La señora Grusinskaia.

KRINGELEIN.—¿Y en la otra?

DONCELLA.—El señor Preysing.

KRINGELEIN.—¡Ah! ¿Y el señor Preysing tiene una habitación mejor que la mía?

DONCELLA.—No, señor. En este corredor todas son iguales.

KRINGELEIN.—(*Tranquilizándose.*) ¡Creía! (*Vase la Doncella.*) Se lo escribiré a mis compañeros... ¡Una habitación igual que la mía! Como a ese hombre no le pueden ver allá en la fábrica.

GAIGERN.—¿Tiene usted smóking?

KRINGELEIN.—(*Perplejo.*) No lo he llevado nunca... Estoy tan anticuado. (*Revuelve en la maleta algunos de sus viejos vestidos de funcionario.*)

GAIGERN.—Hay que comprarse uno. Sobre todo fachada.

KRINGELEIN.—Le agradezco a usted el consejo; pero no pienso gastar ningún capital en vestuario... ¡Para lo que he de vivir!

GAIGERN.—Vivirá más que yo. Le esperan todavía muchos días felices. Yo me comprometo a enseñarle el camino que conduce a los placeres y a la vida inacabable... Pero hay que vestirse... Un hombre sin etiqueta no es nadie...

KRINGELEIN.—Sí, señor barón... Tendremos etiqueta y lo que usted quiera.

GAIGERN.—Esta noche daremos una vuelta por estos teatros... (*Kringelein saca de la maleta una camisa ridícula.*) ¿Ve usted? Eso no se lo puede usted poner de ninguna manera.

KRINGELEIN.—Pues es la de los días de fiesta.

GAIGERN.—Hay que comprarse también camisas... Y afeitarse ahora mismo...

KRINGELEIN.—¿Y dónde encuentro un barbero a estas horas?

GAIGERN.—Las nueve menos diez... Todavía está abierta la peluquería del hotel... No pierda tiempo.

KRINGELEIN.—¿Y el señor barón?

GAIGERN.—Aquí le espero. No me asusta quedarme solo... Diga que le quiten estos cabellos tan ridículos que le caen sobre la frente.

KRINGELEIN.—Era un capricho de mi madre...

GAIGERN.—Pero ya ha crecido usted bastante para emancipar-

se de esas vulgaridades caseras. (*Le pone la americana y le empuja hacia la puerta. Al quedarse solo, Gaigern respira profundamente y silba bajo. Luego va a la puerta del corredor y mira hacia fuera. Como se oye ruido, se aleja. Luego se hurga el bolsillo, va hacia la puerta que comunica con la cámara de la Grusinskaia y prueba la ganzúa que lleva. Se agacha y abre.*) All rigth! (*Apaga la luz y con la claridad de su lámpara de bolsillo recorre la habitación de la Grusinskaia. Fuera un reloj da las nueve. Entran de la calle resplandores de distintos colores, Gaigern busca algo de la habitación y cuando llega al armario de luna se mira al espejo.*) ¡Buenas noches, amigo! (*Encuentra el joyero.*) ¡Ah! (*Deja la lámpara y coge vivamente el joyero. Prueba abrir la cerradura y la hace saltar.*) ¡Sencillísimo! (*Ríe.*) ¡Ah!... Ya sabía yo... ¡Las perlas! (*Coge el collar y se lo echa en el bolsillo. Una DONCELLA aparece en la habitación de Kringelein y da la luz. Canturrea y prueba las lámparas. Gaigern apaga la suya y escucha. La Doncella se acerca a la puerta del cuarto de baño.*) ¡Diantre! (*Cierra Gaigern el joyero y corre hacia la puerta. Escucha y se agacha detrás del guardarropas. La puerta que da al cuarto de baño se abre y entra la Doncella cantando la canción que tocan en el bar. Gaigern permanece en el escondite. La Doncella sale al corredor y llama.*)

DONCELLA.—¡Schurmann! ¡Schurmann!... Aquí, al 168. *La Doncella comienza hacer la cama y entra el VIGILANTE del corredor.*)

VIGILANTE.—No corras, que la vieja hace la inspección del piso de abajo y tiene para rato.

DONCELLA.—¿Ha de estar abierta o cerrada la puerta que da al 169?

VIGILANTE.—¡Qué preguntas! ¡Cerrada!

DONCELLA.—Pues está abierta. (*Y la cierra.*)

VIGILANTE.—Lo que a ti te gusta es ver si se me escapa algún pellizco.

DONCELLA.—Los pellizcos de usted no me hacen falta para nada... Me los dan mejores...

VIGILANTE.—Vanidosa.

DONCELLA.—Cuando se puede... (*Saca unas pantuflas de la mesita de noche y las coloca debajo de la cama. También prepara una camisa de noche.*)

VIGILANTE.—Esas zapatillas y esas camisas de noche no las gastan más que las señoras que duermen solas. A ti misma habrá que verte cuando te acuestas.

DONCELLA.—¡Me verá mi marido!

VIGILANTE.—Eso ya no se estila. (*Cogiendo una cerilla del suelo.*)

DONCELLA.— Otra cerilla. Le he puesto tres ceniceros y echa todas las cerillas al suelo. (*Ojea la habitación y va a salir.*)

VIGILANTE.—(*Pellizcándola.*) Esta es la ocasión. (*Ella da un grito y al salir se encuentra con la INSPECTORA.*)

INSPECTORA.—¿Todavía en el 168?... Schurmann... A las nueve

cambia de habitación el 124. (*También prueba los interruptores, mira si los ceniceros están limpios, frota los muebles con los dedos para ver si hay polvo, etc.*) ¡Ana! Te tengo dicho que la mesa no se pone al lado de la pared. Esto está bien en una fonda de provincias. Pero un gran hotel es un gran hotel. (*Suena el teléfono.*) ¡Acude! (*Vanse el Vigilante y la Inspectora.*)

DONCELLA.—(*Al teléfono.*) Sí... La doncella del piso primero, número 168... No... La señora Grusinskaia no está en su habitación. ¿Con quién hablo? El teatro del Sur... No. Tampoco está la doncella de la señora. (*Gaigern se precipita a la puerta de la habitación de Kringelein, que no puede abrir.*)

GAIGERN.—¡Maldito sea!... (*Escóndese otra vez en el mismo sitio y en el preciso momento en que SUSANA entra con la DONCELLA. Durante estas escenas la habitación está solamente iluminada por luz de noche.*)

DONCELLA.—Han preguntado del teatro si la señora Grusinskaia estaba aquí.

SUSANA.—Se ha ido del teatro en mitad de la representación.

DONCELLA.—¿Qué ha pasado?

SUSANA.—Algo terrible. La señora ha salido a escena sin las perlas y no la han aplaudido. Empieza a danzar y entonces se oye un silbido. ¡Como si fuera una señal! Todos los espectadores han empezado a silbar y a protestar, mientras la señora danzaba, sin las perlas, que dígase lo que se quiera siempre le han dado suerte. Hasta que ha caído el telón en medio de la mayor frialdad. Entonces ha entrado el director de orquesta en el cuarto de la señora precipitadamente. Pero la señora ya no estaba. Había huído sin decir una palabra... No puedo más... Je ne peux plus.

DONCELLA.—¡Pobre señora!

MEIERHEIM.—¿Está aquí? ¿Tampoco? ¡Qué mujer! ¡Es una burla! He tenido que volver el dinero a mucha gente... ¡Ah! Pero a mí no me arruina ninguna bailarina, aunque se llame Grusinskaia. (*Entra WITTE vestido de frac, pero sin sombrero ni abrigo.*) ¡Witte! ¿Y la orquesta? ¿Por qué no se ha quedado usted en el teatro para dirigir la orquesta? ¡Queréis matarme entre todos!

WITTE.—Tenía que buscarla...

MEIERHEIM.—¿Y quién dirige ahora?

WITTE.—El segundo.

MEIERHEIM.—¿Y quién baila?

WITTE.—La Bellín.

MEIERHEIM.—(*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Nos quemarán el teatro!

WITTE.—Vuelva usted al teatro. Cuando ella venga, necesitará quietud... Sus nervios.

MEIERHEIM.—¡Sus nervios! ¿Y los míos?... ¿No sabe que la gente va a verla únicamente para contemplar su collar de perlas? Y, después de todo, es una bailarina anticuada, que salta por la escena como una mona...

WITTE.—(*Señalándole la puerta.*) ¡Haga el favor de marcharse inmediatamente!

MEIERHEIM.—No es usted nadie para mandarme a mí. (*En este momento entra la GRUSINSKAIA y se hace el silencio. Lleva el vestido de baile todavía. Esta muy pálida, pero muy hermosa. Lleva el abrigo medio caído.*)

GRUSINSKAIA.—Quiero estar sola.

WITTE.—¿De dónde vienes? (*Gaigern se agacha más todavía, porque el empresario ha encendido todas las luces.*)

MEIERHEIM. — Señora Grusinskaia, ha violado usted nuestro convenio.

GRUSINSKAIA.—¡Váyase! (*Susana apaga algunas luces y recoge del suelo el abrigo que se le ha caído a la bailarina.*)

SUSANA.—(*Aparte al empresario.*) (No le diga nada.)

GRUSINSKAIA.—¡Quiero estar sola!

MEIERHEIM.—Conozco la psicología de los artistas.

WITTE.—¡Váyase! (*Le da un empujón y lo echa al corredor. Luego dice a la Grusinskaia.*) ¿Puedo servirte en algo?

GRUSINSKAIA.—No, gracias. Buenas noches. (*Witte se va.*)

SUSANA.—¿La señora me necesita?

GRUSINSKAIA.—(*Fija la mirada.*) Quiero estar sola. (*Vase Susana. Gaigern ha de estar muy visible para el público. De cuando en cuando saca las perlas del bolsillo y las mira. Coloca su cigarrillo en la boca y lo masca. Luego se ven reflejadas en su cara primero la curiosidad, luego la admiración y por fin la piedad por aquella mujer.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Esconde la cabeza entre las manos y llora. Y luego se deja caer en el suelo. Va al radiador y se acerca a los tubos.*) ¡Tengo frío! (*Va al lavabo y se lava los ojos y se mira las manos.*) ¡Basta! ¡Basta! Assez! (*Se acerca al espejo, coge el joyero con las dos manos, enciende la lámpara de pie y se mira al espejo. En el momento en que va abrir el cofrecillo, Gaigern se saca una pistola del bolsillo.*) ¡Pobre Gru...! ¡Pobre Gru...! (*Abandona el espejo y va al guardarropa. Gaigern continúa con la pistola en la mano. En el guardarropa comienza la Grusinskaia a desnudarse. Deja caer al suelo, fatigada, los adornos de su traje de baile. Da un par de pasos de danza, se sienta en el sillón y se deshace los lazos de sus zapatos. Luego se la ve doblarse hasta que la cabeza le llega a las rodillas.*) ¡Nunca más! (*Medio desnuda va y viene del espejo. Y se contempla obstinadamente en él. El reloj da las once.*) Entren. (*Va al guardarropa y se pone una bata. Gaigern ha escondido su pistola; se presente, hace una reverencia y dice.*)

GAIGERN.—¡No se asuste usted, señora!

GRUSINSKAIA.—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

GAIGERN.—Si no hubiera llegado usted antes que las otras noches.

GRUSINSKAIA.—¿Pero qué busca usted en mi habitación?

GAIGERN.—Nada más que estar en ella.

GRUSINSKAIA.—¿Y por qué? ¿Qué quiere usted de mí?

GAIGERN.—Amor...

GRUSINSKAIA.—¿Amor? (*Pausa; de pronto se deja caer en la cama y rompe a llorar apasionadamente.*)

GAIGERN.—¿Por qué llora la Grusinskaia? ¿Por que un hombre acaba de decirla que la adora?

GRUSINSKAIA.—La Grusinskaia, porque está cansada de tanta obligación, de tanto compromiso... ¿También usted exige firmas y promesas como los demás?

GAIGERN.—Yo no. Me gusta la libertad para mí y para los demás.

GRUSINSKAIA.—Por esto ha entrado usted en mi habitación. Porque es un hombre libre de hacer su voluntad.

GAIGERN.—Usted lo ha dicho. ¿Puedo fumar?

GRUSINSKAIA.—A su gusto. (*Ofreciéndole una caja de cigarros.*) ¿Le placen? (*Gaigern coge un cigarro y lo enciende.*) Y ahora de cerca, ¿cómo me encuentra?

GAIGERN.—Tan linda, tan delicada y tan pequeña y débil al mismo tiempo, que de buena gana la alzaría a usted en mis brazos para llevarla de una a otra parte del mundo. (*Grusinskaia lo mira con los ojos muy abiertos.*) Tan fatigada... Tan sola. (*La Grusinskaia murmura algunas palabras en ruso.*) No me hable en su lengua, que yo pueda entenderla.

GRUSINSKAIA.—Es usted original... En otra ocasión encontré también a un hombre escondido debajo de mi cama... Era un príncipe... Y ha muerto de un tiro furtivo en una cacería.

GAIGERN.—No sabía que fuera tan arriesgado entrar en la habitación de la mujer que uno quiere... (*La abraza.*)

GRUSINSKAIA.—¡No! ¿Qué haces? (*Gaigern la besa.*) ¿Pero quién es usted?

GAIGERN.—¡Uno!

GRUSINSKAIA.—¿Pero esta noche precisamente?

GAIGERN.—Hace una semana que vivo sólo por usted... Que la sigo a donde va.

GRUSINSKAIA.—Yo soy una mujer...

GAIGERN.—¡Perfecta!

GRUSINSKAIA.—No. Una mujer que ha pasado. El mundo ha cambiado y yo no. Nosotras, las bailarinas, éramos como unos soldaditos en el Instituto imperial de bailes de San Petersburgo. Unos regimientos menudos y ligeros reclutados para el recreo de los príncipes. Yo era pequeña y delgada, pero fuerte como un diamante. Y me quemaba la ambición. Y llegó la fama para mí; y llegó la gloria. Y al tenerla me he encontrado más sola que nunca. ¿Me comprende usted?

GAIGERN.—Sí.

GRUSINSKAIA.—Márchese, pues, y olvídeme. Encontrará la llave en la puerta.

GAIGERN.—No me voy. Tú sabes que no me puedo ir.

GRUSINSKAIA.—Necesito estar sola.

GAIGERN.—No es verdad; no quieres estar sola. En el fondo, tú también deseas que me quede.

GRUSINSKAIA.—(*Sonriendo.*) Te permito unos minutos más.

GAIGERN.—¡Toda la vida! (*Las dos lámparas se apagan. Oyese la música del hall. En la habitación, á oscuras, se reflejan los anuncios del comienzo de la escena. Se ven por un momento las dos figuras abrazadas.*)

TELON



CUADRO PRIMERO

Sala de conferencias del hotel. Una mesa larga y una lámpara sobre ella. A la derecha, una máquina de escribir sobre una mesa y una lámpara de despacho. Muchas sillas. Una botella llena de agua en la mesa grande. SCHWEIMANN y GERSTERNKORN, comerciantes, joven el primero y el otro de más edad, y el doctor WAITZ, gerente de la compañía Sajonia, están sentados, fumando, alrededor de la mesa forrada de verde. Un humo espeso les envuelve.

GERSTERNKORN. — (*Mirando su reloj.*) Tarda mucho el señor Preysing.

SCHWEIMANN.—Le gusta hacerse el hombre importante.

GERSTERNKORN.—Con nosotros no le vale. Ya sabemos que en Fredersdorf hay gato encerrado.

WAITZ.—(*Leyendo el Boletín de cotizaciones.*) Las acciones de la Fredersdorf se sostienen.
SCHWEIMANN.—Pregúntele al señor Preysing lo que le cuesta.
GERSTERNKORN.—Si Preysing obtiene la conformidad de Mánchester salvará a la Fredersdorf. Tiene el mercado inglés en la mano, y haciendo la fusión... Pero si Mánchester no acepta se hunde Preysing sin remedio.
WAITZ.—Si Preysing no dice la verdad...
GERSTERNKORN.—Es todo lo ingenuo que hace falta para decirla.
SCHWEIMANN.—El viene... (*Aparece Preysing.*)
PREYSING.—Buenos días, señores.
LOS DEMAS.—Buenos días.
GERSTERNKORN.—El señor Waitz, nuestro gerente...
PREYSING.—Nos conocemos. Planteamos juntos un negocio de seguros.
WAITZ.—Es posible...
GERSTERNKON.—No es usted, que digamos, un hombre puntual...
PREYSING.—Esperaba a mi abogado, el señor Zinnovitz.
WAITZ.—¿Quiere decirse que necesitaremos un abogado?... Yo no lo creo.
GERSTERNKORN.—(*A Preysing.*) ¿Y su mujer? Ya estarán ustedes muy cerca de las bodas de plata...
PREYSING.—Así empiezan los amigos a llamarnos viejos.
GESTERNKORN.—¿Y el resto de la familia?...
PREYSING.—Bien.
GERSTERKORN.—Entonces podemos empezar... ¡Bonita estilográfica! (*Por la de Preysing.*)
SCHWEIMANN.—La mía es igual, pero es más bonita que práctica. (*Todos enseñan sus plumas.*)
PREYSING.—La traje de Inglaterra. Me costó poco más de tres libras.
SCHWEIMANN.—¿Ha estado en Inglaterra?
PREYSING.—No hace mucho.
SCHWEIMANN.—¡Tierra admirable! ¡Y ese Londres tumultuoso! ¡Y esa industriosa Glásgow..., Liverpool..., Mánchester!...
WAITZ.—¡Mánchester! ¡Interesantísimo!
SCHWEIMANN.—Como ciudad, muy fea...
GERSTERNKORN.—Fredersdorf, en cambio...
SCHWEIMANN.—Bueno, vamos a lo nuestro. Tiene usted la palabra, señor Preysing.
PRYSING.—(*Como si recitara una lección.*) Señores, desde el 11 de junio de este año estamos en negociaciones preliminares para una fusión de las hilaturas de lana de Fredersdorf con la Sajonia. Y a estas horas se ha llegado ya a una inteligencia beneficiosa para ambas partes y que sitúa el negocio en condiciones envidiables... La insuperable situación, más que insuperable, brillante en que se encuentra...

Gersternkorn. — Permítame, señor Preysing. Primero necesito saber...

Preysing.—(*Poniendo un cuaderno de notas sobre la mesa.*) He aquí nuestro último balance... Trescientos mil marcos de rendimiento bruto...

Gersternkorn.—Muchas gracias; pero lo que quisiéramos saber es lo que hay en Mánchester...

Waitz.—Eso...

Preysing.—Les contestaré cuando esté aquí mi abogado.

Gersternkorn.—Comprendido. Lo que nos traía usted eran palabras.

Preysing.—(*Pálido.*) Cuando vinieron ustedes a verme para proponerme la fusión...

Gersternkorn.—Fué usted el que vino a vernos a nosotros...

Preysing.—¡No es cierto!... La fusión la pidieron ustedes...

(*En este momento entra ZINNOVITZ.*)

Zinnovitz.—Celebro que estén ustedes tan animados.

Preysing.—(*Secándose el sudor.*) Señor Zinnovitz, yo no trato más con esos caballeros.

Zinnovitz.—¿Por qué? (*Poniendo las manos sobre la mesa como un predicador.*) ¡Pero si está todo clarísimo!... Cuando empezaron las negociaciones entre las Fredersdorf y la Sajonia, el día 11 de junio de este año...

Gersternkorn.—¡Gracias a Dios! Por ahí.

Schweimann.—Ya empezamos a entendernos.

Waitz.—Adelante.

Zinnovitz.—(*Continúa hablando.*) Se tenía ya le seguridad de una inteligencia beneficiosa para ambas partes...

(*Mientras cambia la escena sigue oyéndose la voz de Zinnovitz con las aprobaciones de los reunidos.*)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La habitación de la Grusinskaia, por la mañana. Esta viste un traje distinto del de la noche anterior. GRUSINSKAIA y GAIGERN aparecen el uno al lado del otro en actitud amorosa.

GAIGERN.—¡ Maravillosa !

GRUSINSKAIA.—¿ Yo ?

GAIGERN.—Tú y nuestra primera noche.

GRUSINSKAIA.—No sé ni siquiera cómo te llamas.

GAIGERN.—Figúrate que me llamo Félix Amadeo, barón de Gaigern. Mi madre me llamaba Flix.

GRUSINSKAIA.—¿ Y de qué vives ?

GIGERN.—Tengo mala suerte. Soy un hijo de buena casa, pero de tal modo equivoqué el camino de mi vida que he acabado siendo lo peor que se puede ser en la vida...

GRUSINSKAIA.—(*Riendo.*) Sigue...

GAIGERN.—No tengo carácter. Soy el más desordenado de los hombres, y te asegu o que no sabría trabajar honradamente. Tengo una casa, una finca para pasear a caballo con personas de la buena sociedad que quieran aventurarse a alternar conmigo. En la Universidad era el último del aula. En la guerra disparaba y me escondía.

GRUSINSKAIA.—¿ Y qué más?

GAIGERN.—Juego y hago trampas. Huyo de la honestidad como los gatos del agua. Soy, en fin, un criminal... Y un ladrón de hotel.

GRUSINSKAIA.—(*Sin dejar de reír.*) ¿ Cómo no me has dicho también que eres un asesino?

GAIGERN.—Lo seré algún día. (*Mostrando su pistola.*) ¿ Por qué crees tú que tenía anoche este chisme en la mano?

GRUSINSKAIA.—¡ Qué sé yo !

GAIGERN.—(*Tomándole ambas manos.*) Perdóname y créeme, Grusinskaia. Como te he dicho que soy un mal hombre, con la misma lealtad te aseguro que no había querido nunca como ahora... (*Se*

levanta y pasea por la habitación. Luego permanece de pie, de cara a la pared, con las manos en los bolsillos. Ella le contempla.)

GRUSINSKAIA.—¿Qué tienes?

GAIGERN.—(*Sacándose las perlas del bolsillo.*) Mira.

GRUSINSKAIA.—¡Ah! (*Una pausa molesta. La Grusinskaia hunde la cabeza entre sus manos y piensa.*) ¿Sólo por eso has entrado en mi habitación? (*Gaigern no contesta. Ella deja escapar un gemido de desesperación.*) ¡Es terrible! (*Más serena.*) Quédese usted con ellas. No las necesito. Me traen desgracia. Se las regalo a usted.

GAIGERN.—(*Apasionadamente.*) No las quiero.

GRUSINSKAIA.—Le prometo a usted no dar parte a la policía.

GAIGERN.—Ya lo sé.

GRUSINSKAIA.—(*Nerviosa.*) Por lo tanto...

GAIGERN.—Escúcheme usted, por compasión. Era un ladrón... ayer. Ahora soy incapaz de tomar ni una sola perla de la mujer con quien he pasado la noche.

GRUSINSKAIA.—Pues váyase. Le regalo el collar. Pero déjeme.

GAIGERN.—Eso es lo que no haré: marcharme. Antes escúcheme usted. Yo...

GRUSINSKAIA.—(*Espontáneamente.*) ¿Estás en peligro?

GAIGERN.—Te estoy hablando como barón, no como criminal. Este golpe de las perlas era definitivo para mí. Yo te seguía y te perseguía por todas partes, pero ellas entraron en tu habitación, y ahora...

GRUSINSKAIA.—¿Y ahora?

GAIGERN.—No puedo... ¡Ha sido una maravilla tan grande! (*Con la cabeza baja.*) ¿Comprendes lo que me pasa?

GRUSINSKAIA.—(*Emocionada, pero riendo.*) ¡Ah, loco! (*Le acaricia. Suena el teléfono. La Grusinskaia no parece la misma a juzgar por su alegría radiante.*) Sí, Susana... (*Al teléfono, naturalmente.*) Gracias, estoy mejor. Sí... Pronto, dentro de dos minutos... (*A Gaigern.*) No tenemos suerte.

GAIGERN.—¿Por qué?

GRUSINSKAIA.—He de ir al ensayo.

GAIGERN.—¿No estabas cansada?

GRUSINSKAIA.—Lo estaba, pero ahora no. Esta noche bailaré. Una danza original que he ideado junto a ti... Un baile nuevo, distinto de todos los míos... Claro que necesitaré una música escogida... Hablaré a Witte.

GAIGERN.—(*Bajo.*) Lisabeta...

GRUSINSKAIA.—¿Qué?

GAIGERN.—¿De veras crees que te quiero?

GRUSINSKAIA.—(*Bajo también.*) ¿Cómo quieres que no te crea después de lo pasado?

GAIGERN.—Por mí se habrán secado para siempre tus lágrimas.

GRUSINSKAIA.—Susana vendrá en seguida...

GAIGERN.—Sí. Me voy. Quiéreme. Olvídame...

GRUSINSKAIA.—(*Muy bajo.*) ¿Es que no he de verte más?

GAIGERN.—Yo...

GRUSINSKAIA.—Corre, que Susana estará aquí de un momento a otro...

GAIGERN.—¿Cuándo te irás?

GRUSINSKAIA.—Mañana por la mañana, muy temprano.

GAIGERN.—Adiós.

GRUSINSKAIA.—(*Decidida.*) Escucha: ¿no puedes viajar conmigo?

GAIGERN.—No tengo dinero. Será mejor que nos separemos esta noche. Nos dará bríos el recuerdo.

GRUSINSKAIA.—Dinero tengo yo.

GAIGERN.—(*Rápido.*) ¿Qué imaginas de mí?

GRUSINSKAIA.—(*Al teléfono.*) ¿Es Susana?... Espera cinco minutos. Sube el almuerzo... (*A Gaigern.*) Ahora sí tenemos que separarnos.

GAIGERN.—¿Cuándo sale el tren?

GRUSINSKAIA.—A las siete... Pero, atiéndeme; puedes tú venir en el otro. Yo tengo una casita en Tremezzo lindísima. Allí viviremos los dos como en un paraíso. Me tomaré unas vacaciones de seis semanas, de ocho, de las que sean... Y nos querremos, y nos embruteceremos de tanta felicidad. Y después a Sudamérica... ¿Conoces tú Río?... Yo... mucho. (*Otra vez el teléfono.*) ¡Ah! ¡Ese telefóno! (*Al teléfono.*) Sí... ya sé que es tarde... Bueno... Prepárame el almuerzo... Dentro de un minuto te llamaré. (*A Gaigern.*) Ve a tu habitación y procura no comprometerme... (*Abre la puerta y mira al corredor.*) Ahora...

GAIGERN.—¡Me iré contigo!

GRUSINSKAIA.—¡Sí!

GAIGERN.—Mañana; ya encontraré el dinero.

GRUSINSKAIA.—(*Angustiosa.*) No hagas ninguna locura... ¿Oyes?... Estaré angustiosa. (*Al teléfono.*) Sí, sí... Bueno. (*Gaigern besa con efusión la mano de la Grusinskaia y se va por el corredor. Ella respira profundamente. Va hacia el espejo, se mira en él, sonríe, coge las perlas, las deja caer en el joyero y se pone otra vez en el teléfono.*) El 428. Ven en seguida. No; masajes no necesito... Estoy muy bien. (*Llama a otro número.*) 123... El señor Witte... Oye... Tenemos que ir al ensayo... Sí; estoy perfectamente. Y dispuesta a bailar con más entusiasmo que nunca... En el ensayo te necesito... ¡Tengo una idea! No tardes. *Au revoir!* (*Otra vez cambia el teléfono.*) 203... El barón Gaigern... ¡Ah! ¿Eres tú? (*Baila con el auricular en la mano.*) ¡Flix, Flix de mi alma!...*Cheri! Cheri!* (*Cubre de besos el teléfono.*)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La sala de conferencias. Atmósfera densa de tabaco. La lámpara de la mesa central está encendida. Los ceniceros llenos de restos de cigarros. Tazas de café y copas y botellas de licores. El conjunto da una impresión de cansancio. El abogado ZINNOVITZ continúa su discurso.

ZINNOVITZ.—Después de esto, ¿puede dudar nadie de que la Sajonia, S. A., estaba absolutamente dispuesta a la fusión, hasta el punto de que vuestro consejo pidió que se puntualizaran los términos del contrato? ¿Cómo, pues, se ponen ahora tantas dificultades a la firma de un convenio tan claro y conveniente?

GERSTERNKORN.—Hablemos también nosotros con claridad. Desde entonces la situación de las hilaturas de Fredersdorf ha empeorado. Y si no, díganme ustedes..., ¿cuál es su base económica de hoy?

PREYSING.—(*Decidido, vehemente.*) Para nadie son un secreto nuestras lucidas operaciones con el extranjero. Sólo a los Balkanes hemos exportado por valor de más de 60.000 marcos de lana al año.

GERSTERNKORN.—Déjenos usted en paz con su lana. Es otro el aspecto de nuestro negocio.

PREYSING.—¿Cuál?

SCHWEIMANN.—(*Levantándose.*) Aquí de lo que se trata, sencillamente, es de saber lo que ocurre con Mánchester.

PREYSING.—(*Rápido.*) ¡Nunca fué nuestra situación tan espléndida como en la hora presente!

SCHWEIMANN.—¿De modo que el rumor de que Mánchester había rehusado?...

(*Pausa angustiosa. Preysing se seca el sudor de la cara. El doctor Waitz mira su reloj.*)

GERSTERNKORN.—¿Es tarde?

SCHWEIMANN.—Si hemos de tomar el tren de las doce...

PREYSING.—(*Vivamente.*) ¿Es posible que unos hombres tan experimentados como ustedes se dejen llevar por la sugestión de los rumores bursálites? Al señor Gersternkorn he de decir que no hay nada en nuestros negocios que esta noche no haya saltado aquí sobre el tapete. Yo no soy un especulador. Vivo de hechos y no de palabras. Por supuesto, que esos rumores absurdos ya se encargará el tiempo de desmentirlos,

GERSTERNKORN.—Eso es lo que quisiéramos. Que el tiempo los desmintiese y que nosotros pudiésemos comprobarlo.

PREYSING.—(*Excitado.*) Pero no está bien considerar nuestro negocio con los ingleses como un factor de las negociaciones presentes. Nuestra obra no lo merece. Yo venía dispuesto a discutir con hechos, con números, con realidades nuestro balance. (*Dando un golpe sobre las actas.*)

ZINNOVITZ.—El señor Preysing es un ejemplo de escrupulosidad, señores. Pienso como él. Nada tiene que ver una cosa con la otra.

GERSTERNKORN.—(*A Zinnovitz.*) No se canse. Nuestro deseo es saber en qué estado se encuentra el trato con Mánchester.

PREYSING.—¡Es molesta la insistencia!

GERSTERNKORN.—Mejor sería que dijese usted la verdad...

PREYSING.—¡No he mentido nunca!

(*Otra pausa angustiosa. Oyese la música del jazz. El doctor vuelve a mirar su reloj.*)

WAITZ.—Después de todo, la cosa no es para tomarla por la tremenda.

SCHWEIMANN.—Tenemos tiempo de bailar un rato. (*Schweimann silba la melodía.*)

GERSTERNKORN.—Lo sentimos, señor Preysing, pero la única solución es vender. Ya le escribiremos a usted. (*Se levantan Gersternkorn, Schweimann y Waitz.*)

PREYSING.—(*Levantándose también con indignación.*) ¿La última palabra? (*Silencio. Preysing se mete varias veces la mano en los bolsillos titubeando.*) ¡Lástima! ¡Lástima de veras! Pero ahora que todo se ha deshecho puedo informarles a ustedes de que nuestro contrato con Mánchester es un hecho. Es la primera vez que me encuentro ante semejante falta de confianza... ¿Qué les parece a ustedes?... ¡Ah, no! Pero ya ha pasado el momento. Se ha levantado la sesión. Muchas gracias a todos. (*Zinnovitz continúa sentado y mirando con extrañeza a Preysing. Este ha sacado al fin su telegrama verde y lo ha puesto sobre la mesa.*) Ahí está la prueba...

GERSTERNKORN.—(*Dudando.*) Estas sesiones no son como las de las cámaras políticas... Quizás... A ver; traiga usted ese proyecto de contrato.

PREYSING.—¡El contrato! Ya no me interesa.

GERSTERNKORN.—¡Cuidado! El negocio es el negocio.

WAITZ.—¡Hombre! Podríamos aprovechar la ocasión para estrenar nuestras estilográficas.

GERSTERNKORN.—(*A Waitz.*) ¿Dónde dice usted que compró la suya?

WAITZ.—En Mánchester. (*Todos ríen y miran fijamente el telegrama.*)

GERSTERNKORN.—¿Quiere usted firmar, señor Preysing?

(*Preysing duda, mira irónicamente a Gersternkorn y firma. Pausa muy expresiva, durante la cual Preysing sonríe muy expresivamente también.*)

WAITZ.—Podríamos remojar el contrato con unas botellas.

GERSTERNKORN.—Es un poco tarde... (*Dándole la mano a Preysing.*) Perdone la broma... Porque no era más que una broma... Mis afectos a la familia... Cuando vaya a Fredersdorf le buscaré para darle un abrazo.

WAITZ.—(*Despidiéndose.*) La sesión ha sido fuerte, pero provechosa.

SCHWEIMANN.—(*Despidiéndose también.*) Hablando se entiende la gente.

(*Vanse Schweimann, Gersternkorn y Waitz. Zinnovitz y Preysing se miran alegremente. El primero enarbola el contrato como si fuera una bandera.*)

ZINNOVITZ.—¡Eso sí que es un negocio! Por cierto que no me explico su terquedad con un telegrama como ése... ¿Puedo leerlo?

PREYSING.—Lea... (*Zinnovitz lee el telegrama y se asombra.*)

ZINNOVITZ.—¿Bluf?

PREYSING.—Bluf.

ZINNOVITZ.—¡Me deja usted parado!

PREYSING.—Sus lecciones.

ZINNOVITZ.—(*Abrazándole.*) ¡Venga usted acá, discípulo!

PREYSING.—¿Dónde está Flaemmchen?

ZINNOVITZ.—¿La secretaria? ¿Para qué la quiere usted?

PREYSING.—Para dictarle el informe de esta sesión, que enviaré a mi padre político como un triunfo de mi voluntad.

ZINNOVITZ.—¡Así me gusta!

PREYSING.—Además, necesito beber un cóctel o algo muy fuerte... ¡Bonita, bonita jornada!

ZINNOVITZ.—Más bonita es la secretaria...

PREYSING.—Sí, pero de eso entiendo tan poco... Hace veintiséis años que estoy casado... y no sé, en verdad, lo que decirles a las mujeres.

ZINNOVITZ.—¿A las mujeres? ¡Mentiras también! ¡Mentiras! Como a los negociantes... ¡Todo es *bluf* en el mundo!

MUTACION

CUADRO CUARTO

El *Dancing* del hotel por la tarde. A la derecha, el bar. A la izquierda, la puerta que conduce al hall, por la que entran y salen los clientes y los empleados. Suena un jazz. En el foro la pista para el baile, en la que danzan algunas parejas. Mucha animación. Un negro y un blanco hacen mixturas. Mientras las parejas bailan, entran PREYSING y ZINNOVITZ y permanecen junto a la puerta. La iluminación es espléndida y va cambiando de color. Si puede ser, se procurará que la pista tenga transparencias luminosas. Diálogo confuso hasta el comienzo de la acción.

BARMAN.—¡Gin fiss! ¡Manhattan cocktail!... ¡Cocktail especial!... ¡Champan flip!...

MAITRE.—¡Dos mokas!... ¡Melocotón Melba! ¡Aprisa!

(*Varias voces confusas.*)

ZINNOVITZ.—¡Qué animación!

PREYSING.—¡Y qué calor!... No me convienen estos locales... Cuando llega uno a los cincuenta años...

ZINNOVITZ.—Manías.

(*El Barman sigue pregonando consumiciones en voz alta. El Bailarín conduce a la pareja a su mesa. Mira el reloj y se dirige a otra muchacha mientras se seca el sudor de la cara.*)

MAITRE.—(*Al Bailarín.*) ¡Anda con la americana gruesa, que paga bien! (*Acomoda a varias personas.*)

BAILARIN.—¡Estoy reventado! ¡Si pudiera partirme! (*A la señora a quien se ha dirigido.*) ¿Me permite?

(*Kringelein está extraordinariamente cambiado. Recortado el bigote, bien peinado. Lleva un traje oscuro. Observación importante: ni el traje ni el peinado de Kringelein deben dar una sensación cómica. Está sentado junto al mostrador del bar, frente al Barman.*)

KRINGELEIN.—Es la primera vez que me siento en semejantes taburetes... Deme algo muy frío y muy dulce...

BARMAN.—Luisiana Flip, ¿le parece?

KRINGELEIN.—(*Por el negro.*) ¡Pocos negros he visto tan negros como ése! Es de los que no destiñen, ¿verdad? (*El Barman no contesta.*)

ZINNOVITZ.—(*A Preysing.*) ¿Qué efecto le produce esta música?

PREYSING.—Un efecto horrible.

ZINNOVITZ.—Pero estimulante.

PREYSING.—Quizá.

ZINNOVITZ.—¿Por qué no baila usted?

PREYSING.—No me atrevo. Sentémonos en cualquier parte. (*Vanse al fondo. FLAEMMCHEN viene de bailar, está acalorada. Se da polvos. Fíjase en Kringelein y va hacia él.*)

FLAEMMCHEN.—¡Señor Kringelein! ¡Parece usted otro! ¡Da gusto verle! (*Kringelein baja de su taburete.*)

KRINGELEIN.—Perdóneme, señorita... No la había visto... ¿Me permite que la convide? ¿Algo dulce y helado? ¡Luisiana Flips, por ejemplo!... Yo de bebidas entiendo mucho. (*Mirando al Barman con cierta autoridad.*) ¡Un Luisiana Flips!

FLAEMMCHEN.—Muchas gracias... ¿Y qué hace por aquí?

KRINGELEIN.—¡Vivir! ¿Y usted?

FLAEMMCHEN.—Estoy esperando a cierta persona... Pero temo ya que no venga.

KRINGELEIN.—(*Dándoselas de hombre galante.*) Mejor para mí... (*La mecanógrafa ríe.*)

FLAEMMCHEN.—¿Le gusta la música?

KRINGELEIN.—Me excita y me invita...

FLAEMMCHEN.—¿A qué?

KRINGELEIN.—¡A tantas cosas que no se puede decir!

FLAEMMCHEN.—Dígalas. Yo no me asusto.

KRINGELEIN.—Pero yo sí (*Ríe.*)

FLAEMMCHEN.—¿Baila?

KRINGELEIN.—No sabría.

FLEMMCHEN.—¡Qué lástima! (*Rápida.*) ¿Ha vuelto a ver a su amigo el barón Gaigern?

KRINGELEIN.—No... Anoche quería salir conmigo, pero no sé dónde se metió...

FLAEMMCHEN.—Es poco agradable esperar... (*Ríe.*) Ahora que cuando se espera bebiendo...

(*Vuelve el Bailarín con su pareja, la deja, se seca el sudor otra vez y mira el reloj. El Maitre cruza la escena.*)

MAITRE.—(*Al Bailarín.*) ¡Acuérdate de la americana! Ochenta y dos kilos y treinta y ocho grados a la sombra! ¡Imposible! (*A los músicos.*) Tocad un tango para descansar...

(*El jazz toca un tango y el Bailarín invita a Flaemmchen.*)

BAILARIN.—(*A Flaemmchen.*) ¿El tango?

FLAEMMCHEN.—Con mucho gusto. (*A Kringelein.*) Dispense.

(*Bailan en medio de la escena. Kringelein está solo. No pierde de vista a Flaemmchen. Entra GAIGERN. Tiene el aspecto de un hombre cansado. Ve a Kringelein y va hacia él.*)

GAIGERN.—¡Al fin!

KRINGELEIN.—(*Con alegría.*) Buenas tardes, señor barón... La señorita Flaemmchen está aquí también... bailando.

GAIGERN.—La he invitado yo.

KRINGELEIN.—¿Aceptan muy fácilmente las mujeres?

GAIGERN.—Según quien las invita. (*Kringelein ríe.*)

KRINGELEIN.—Ayer le aguardé a usted.

GAIGERN.—¡No me hable! Pasé una noche... Le diré la verdad: no tenía dinero... Veinticuatro marcos pelados... ¿Y usted, qué ha hecho, señor Kringelein?

KRINGELEIN.—Adecentarme... Obedecerle a usted... He ido a Postdam... He volado... ¿Qué tal?

GAIGERN.—Que empiezo a tenerle miedo. (*Ambos ríen estrepitosamente.*)

KRINGELEIN.—Pero... No se enfade si le hago una pregunta...

GAIGERN.—Diga.

KRINGELEIN.—¿El señor barón ha hablado en serio cuando ha dicho que no tenía dinero?

GAIGERN.—Completamente en serio. Y lo peor es que esta noche lo necesito y he de tenerlo sea como sea... ¡Para jugar... mi última carta!

KRINGELEIN.—¡También yo jugaré!

GAIGERN.—¡Soberbio! Jugaremos juntos. Usted arriesgará mil marcos y yo mis veinticuatro.

KRINGELEIN.—Si el señor barón me aceptara un crédito... Quisiera serle a usted útil... Trescientos marcos... ¿Hace?

GAIGERN.—Veremos. De todos modos, muchas gracias.

KRINGELEIN.—Puedo disponer de unos siete mil ochocientos marcos)... (*Haciendo ademán de sacar la cartera,*)

GAIGERN.—Aquí no... Luego... (*Flaemmchen vuelve bailando y se desprende del bailarín.*) ¡Hola, Flaemmchen! ¡Bonito estilo de baile!

FLAEMMCHEN.—¡Bonita frescura la de usted!... Ya podía esperarle.

GAIGERN.—Todo el día he estado pensando en usted.

FLAEMMCHEN.—¿Puedo creerlo? (*A Kringelein.*) Excúseme...

KRINGELEIN.—Por mí... (*Gaigern baila con Flaemmchen.*)

FLAEMMCHEN.—¿En qué ha malgastado usted el día?

GAIGERN.—Estoy cogido, hija.

FLAEMMCHEN.—¿Por qué?

GAIGERN.—¡Porque no tengo un céntimo!

FLAEMMCHEN.—¡Siempre el dinero! (*Vanse bailando hacia el fondo. Kringelein se sienta otra vez en el taburete. El DOCTOR OTTERNSCHLAG entra, da unas cuantas vueltas y se sienta al lado de Kringelein.*)

DOCTOR.—¡Ah! ¿Pero está usted aquí? Yo le aguardaba en el hall.

KRINGELEIN.—(*Un poco asustado.*) ¿A mí?

DOCTOR.—Sí; de pronto he tenido la impresión de que me necesitaba. Ya veo que no. Mejor...

KRINGELEIN.—(*Más asustado.*) No comprendo por qué...

DOCTOR.—¡Whisky!... ¿Espera usted a su pareja?

KRINGELEIN.—No... Es decir: ya la tengo. Y créame que vale la pena, doctor.

DOCTOR.—¿Una muchcha? ¿Pocos años? Comprendo... En cambio, usted.

KRINGELEIN.—¿Yo, qué?

DOCTOR.—¿Qué busca en ella? ¿El Paraíso terrenal?... Champán, mujeres, juego, borracheras... ¡Un gran programa!

KRINGELEIN.—Para triunfar en la vida hay que saber bailar y yo no sé. Esta es mi tragedia.

DOCTOR.—En efecto, hay que saber bailar. Ese modo de apretarse el uno contra el otro, ese contacto que se convierte en tacto, ese vértigo infernal, el divino equilibrio de mantenerse de pie entre tanto movimiento... El hombre no puede vivir sin bailar. Aprenda usted en seguida. El que no siente la atracción del sexo es hombre muerto.

KRINGELEIN.—Aparentemente, yo no soy un hombre, porque...

DOCTOR.—Ya...

KRINGELEIN.—¿Es usted médico?

DOCTOR.—Lo he sido. En Africa. Me prendieron el 14 de septiembre y me dejaron en libertad con la promesa de no volver a luchar. Una granada me estalló en la pierna... Se me contagiaron bacilos de difteria en la herida... Arrastré el achaque hasta el 1920. He vivido desterrado durante dos años... Y... ya le he contado bastante.

KRINGELEIN.—¿Y está usted completamente solo?

DOCTOR.—Solo. ¿Y usted?

KRINGELEIN.—También.

DOCTOR.—¿Sin mujer?

KRINGELEIN.—Separado.

DOCTOR.—¿Desde cuándo?

KRINGELEIN.—Desde hace dos días.

DOCTOR.—Y ha venido usted al Gran Hotel a olvidar sinsabores. Un hotel caro... Con unas cuantas maravillas escondidas en él... Esto es lo que usted pensaría... Pero la realidad es otra cosa... ¿Verdad que de cerca le gusta a usted menos el Gran Hotel? Como en la vida, señor Kringelein. Llega uno, pasa, se aleja. ¡Y todo para qué! Para comer, dormir, holgazanear, flirtear un poco, bailar otro poco... Y, en resumen, nada, nada...

PREYSING.—(*A Zinnovitz.*) Allí está Flaemmchen.

ZINNOVITZ.—Ahora me explico su inquietud.

PREYSING.—(*Mirando fijamente a Flaemmchen.*) Adiós.

ZINNOVITZ.—Me lo figuraba. (*Vase.*)

MAITRE.—(*A un concurrente.*) Con permiso.

CAMARERO.—¡Dos whiskys!

FLAEMMCHEN.—(*A Preysing.*) Buenas tardes.

PREYSING.—He de hablar con usted.

FLAEMMCHEN.—Luego...

PREYSING.—Es muy urgente.

GAIGERN.—(*Que bailaba con Flaemmchen.*) Para esta señorita lo único urgente es bailar conmigo. (*Siguen bailando.*)

PREYSING.—(*Indignado.*) ¡Si no fuera porque!... ¡Este Berlín está lleno de granujas! (*Preysing va hacia el mostrador y coge una pajita. Kringelein se levanta involuntariamente.*)

KRINGELEIN.—(*De una manera mecánica.*) Señor director...

PREYSING.—Buenas tardes... (*La mirada de Preysing encuentra a Kringelein. Este se sienta otra vez.*)

KRINGELEIN.—¿También usted en el Gran Hotel?

PREYSING.—No sé a quien tengo el gusto...

KRINGELEIN.—¡Kringelein! El de la oficina... El que lleva los libros, en la sala letra M, del segundo piso, al lado del almacén...

PREYSING.—¿Y ahora está usted colocado aquí?

KRINGELEIN.—(*Rabioso.*) ¡No, señor! (*Preysing da la espalda a Kringelein.*) Tengo permiso por enfermo...

PREYSING.—¿Enfermo usted? ¡Tiene gracia! (*Vuelve a darle la espalda. Ambos siguen con la mirada la danza de Flaemmchen y Gaigern. Estos vienen hacia Kringelein, que ha ocupado una mesa. Flaemmchen deja su bolso en una mesa próxima.*)

FLAEMMCHEN.—Denme algo frío, que me ahogo... (*Va al bar.*) ¡Champán!

KRINGELEIN.—(*En voz alta.*) ¡El mejor champán que haya para esta señorita!

FLAEMMCHEN.—¡Qué amable!

GAIGERN.—¿Quieres hacer feliz a un hombre esta noche?

FLAEMMCHEN.—(*Mirando con entusiasmo a Graigern.*) ¡Sí!

GAIGERN.—Baila con Kringelein.

FLAEMMCHEN.—(*Decepcionada.*) ¡Ah, era por eso!

GAIGERN.—Me inspira compasión.

FLAEMMCHEN.—(*Irónica.*) ¿Cómo es que hoy tiene usted un corazón tan excelente y ayer todo lo contrario?

GAIGERN.—Es que entre ayer y hoy ha pasado algo...

FLAEMMCHEN.—¿Qué ha pasado?

GAIGERN.—Una mujer.

FLAEMMCHEN.—Nada más natural. Pasan tantas durante el día y la noche... A no ser que se trate de algo extraordinario.

GAIGERN.—Tan extraordinario, que casi me han hecho perder el sentido...

FLAEMMCHEN.—¡Qué comediantes son los hombres!

KRINGELEIN.—(*Que ha ido a encargar la bebida para Flaemmchen.*) ¡Ya viene el champán!

FLAEMMCHEN.—Gracias. Pero antes bailaremos... (*Flaemmchen*

arrastra hacia sí a Kringelein, que está emocionadísimo; Preysing, al ver esto, le dice a Flaemmchen.)

PREYSING.—¡Necesito hablarle! Se trata de un negocio. Un trabajo a máquina...

FLAEMMCHEN.—Está bien. Haremos lo que sea. Mañana por la mañana, ¿eh?

PREYSING.—Inmediatamente.

FLAEMMCHEN.—Inmediatamente no puede ser, porque tenemos que bailar con el señor Kringelein... ¿No se conocen? El señor Kringelein... El señor Preysing... El señor Gaigern...

PREYSING.—*(Ceremonioso.)* El señor Kringelein y yo nos conocemos lo bastante para que renuncie a bailar con usted.

KRINGELEIN.—¡Un cuerno!

PREYSING.—¡Eso sí que es curioso! Pide usted una licencia por enfermedad, le concedemos a usted unas semanas de fiestas con sueldo y se viene usted a Berlín a correrla... ¡Bonita manera de corresponder a la generosidad de sus superiores!...

FLAEMMCHEN.—Haya calma. Estamos aquí para divertirnos. Vamos, Kringelein...

KRINGELEIN.—¿Quién se resiste? *(Flaemmchen se lleva a Kringelein.)* ¡Todos tenemos derecho a la vida! *(Esto lo dice gritando.)*

FLAEMMCHEN.—Calla... Aquí no se grita; se baila.

PREYSING.—*(Procurando que lo oiga Flaemmchen.)* Bien, señorita Flaemmchen... No quiero perturbar sus entusiasmos... La esperaré diez minutos... Si no viene a tiempo buscaré a otra colaboradora... *(Aparte.)* (¡Miserable! ¡Tramposo!)

GAIGERN.—Es un pobre diablo... ¡No veis que lleva la muerte retratada en la cara!

PREYSING.—Nadie le ha pedido a usted ningún consejo...

GAIGERN.—*(Dominándose.)* ¿Sabe usted lo que le digo? ¡Y este sí que es un consejo de calidad!... Que le conviene a usted salir de aquí, cuanto antes mejor.

PREYSING.—No es mi gusto.

GAIGERN.—*(Encogiéndose de hombros.)* Usted verá...

BOTONES.—¿El señor barón de Gaigern?

GAIGERN.—Soy yo.

BOTONES.—El chófer desea hablar urgentemente con el señor.

GAIGERN.—Voy. *(Vase con el botones. Kringelein y Flaemmchen vienen bailando.)*

FLAEMMCHEN.—Míreme usted a la cara y no el cuerpo.

KRINGELEIN.—Es que me da vergüenza... ¡Como no he bailado nunca!

FLAEMMCHEN.—Pues lo hace usted muy bien.

KRINGELEIN.—¡Soy feliz!

FLAEMMCHEN.—No crea usted en la felicidad. Se acaba en seguida... *(Termina el baile.)* ¿Lo ve usted? Ya se ha acabado. *(Flaemmchen y Kringelein aplauden, pero los músicos guardan ya sus instrumentos.)* ¡Huy qué cara está poniendo el señor Preysing!

KRINGELEIN.—¿También la manda a usted? ¿Tiene usted que ir con él a la fuerza?

FLAEMMCHEN.—La necesidad obliga... Yo no soy más que una pobre mecanógrafa... (*Los músicos se van. También se van yendo los concurrentes, y los camareros empiezan a quitar las mesas.*)

MAITRE.—(*Al bailarín.*) ¿Cansado?

BAILARIN.—¡Muerto!

MAITRE.—¿Y de efectivo metálico?

BAILARIN.—Cero.

MAITRE.—Poco es. (*A Preysing.*) Se va a cerrar la sala, señor.

PREYSING.—(*A Flaemmchen.*) ¡Ya está bien, señorita Flaemmchen! (*A Kringelein.*) ¡Y usted lárguese de una vez!

KRINGELEIN.—¡Si quiero! ¡No es usted nadie para darme órdenes! Le prohibo que se dirija a mí en este tono... ¡Estaría bueno! ¡Se figura usted que es un hombre distinguido, y a mí me parece la persona más ordinaria del mundo! Porque en lo de casarse con una mujer rica no está la distinción, digo yo... Al contrario: es una vergüenza... Siempre será usted un señor a quien mantiene por no hacer nada... Mientras que nosotros, los dependientes... ¿Hay honradez mayor que la de servirle a usted por 320 miserables marcos al mes?

PREYSING.—Cuando no se está acostumbrado a beber ocurren estas cosas... (*La sala está vacía.*)

KRINGELEIN.—¿Borracho yo? Bueno, pues sí. Pero los borrachos dicen las verdades.

PREYSING.—Más valiera que en vez de portarse tan insolentemente con un superior se acordara usted del Montepío para enfermos que la casa tiene establecido... ¡Así se nos paga!

KRINGELEIN.—¡Pero si cuando estuve por primera vez enfermo me escribió usted una carta despidiéndome!

PREYSING.—No tengo por qué acordarme de todas las cartas que firmo. Pero lo que ocurre ahora es que ha dicho usted que estaba enfermo y es mentira.

KRINGELEIN.—¿Quiere usted presentarme como un pillastre? Y usted... ¿Qué es? ¡Pillastre y medio!

PREYSING.—¡Basta! ¡No vuelva usted por la fábrica!

FLAEMMCHEN.—¡No, esto no!

KRINGELEIN.—Lo que le ha molestado a usted es encontrarme. No quisieran ustedes ni saber que existimos fuera de los bancos de la oficina. Pero es demasiado desesperante la vida que vivimos para que no tenga uno el derecho, a veces, de vivir al lado de ustedes, de ver de qué modo se gastan el dinero que les ganamos nosotros con nuestro sacrificio.

PREYSING.—En fin, ¿qué quiere usted de mí? Si no se hubiera usted presentado yo ni siquiera le conocía.

KRINGELEIN.—Pero yo sí que le conozco a usted, señor Preysing. Le he llevado a usted muchos años los libros de la fábrica, le he observado, le he estudiado... ¡Le conozco palmo a palmo!... Y sé

erfectamente que si algún empleado hubiese hecho tanto así de
› que ha hecho usted desde que yo le conozco, a estas horas esta-
'a retorciéndose en la cárcel. (*Preysing, furioso, arremete contra*
[ringelein y le zarandea.)

PREYSING.—¡O se va o le mato!

FLAEMMCHEN.—¡Señor Kringelein! (*Ya está Kringelein en la*
uerta.)

KRINGELEIN.—(*Primero bajo y subiendo luego el tono de voz.*)
Io me echa usted; soy yo el que se va. Estoy enfermo; para mo-
irme. Y, en todo caso, es la muerte la que me echa... Usted no
›odría, aunque quisiera..., porque le tengo agarrado por el cue-
lo... Porque de los dos, el único pillastre, el único canalla es
ısted... ¡Cómo le gustaría vengarse ahora!

PREYSING.—¡Borracho! ¡Estúpido!

KRINGELEIN.—(*Entre carcajadas nerviosas que acaban en un hipo*
'ramático.) ¡Pero no puede!

PREYSING.—¡Fuera!

KRINGELEIN.—¡No puede, no puede!

MUTACION



CUADRO QUINTO

Telón corto representando otro pasadizo del hotel. Pocos muebles pero estilizados. Una puerta en el centro. PREYSING está visiblemente impaciente. Fuma a media luz. Todos los personajes entran por los lados, menos la GRUSINSKAIA, que entra por el centro.

PREYSING.—¡Alo! (*A un botones.*) Coñac. (*Vase el botones.*)

EMPLEADO.—(*Cruzando la escena con SENF, el portero.*) ¿Qué sabe de su mujer?

SENF.—Toda la noche la he pasado en la clínica en un pasadizo como una cárcel de oscuro... Sin dormir, muerto de frío... Y por la mañana aquí, en la portería. (*Sirven coñac a Preysing. Desaparecen Senf y el empleado. Entra FLAEMMCHEN.*)

PREYSING.—Veo que se ha decidido usted a venir...

FLAEMMCHEN.—¿Está usted contento?

PREYSING.—¿Qué esperaba usted de aquel pobre hombre?... Si sé que está en el Gran Hotel lo hago detener por estafador... (*Preysing juega con la copita de coñac; ella se da polvos.*)

FLAEMMCHEN.—¿Y qué prisa es ésa? ¿Se puede saber?

PREYSING.—Mañana me voy a Inglaterra...

FLAEMMCHEN.—¿Así, de pronto? Entonces, ¿por qué me necesita?

PREYSING.—La necesito para que me acompañe.

FLAEMMCHEN.—¡Ah!

PREYSING.—En calidad de secretaria. Tengo que sostener una correspondencia bastante frecuente con la casa central, y he de preparar además mi discurso durante el viaje. Soy muy nervioso y necesito compañía... Una mujer amable que se encargue de las minucias de la excursión. Por supuesto que la persona que me acompañe estará muy bien considerada... ¿Me entiende usted?

FLAEMMCHEN.—(*Sonriendo.*) Demasiado.

PREYSING.—Creo que nos llevaremos bien. La idea de llevarla a

sted conmigo me la ha sugerido la excitación de mi último triun-
o financiero... ¿De acuerdo?

FLAEMMCHEN.—Lo pensaré. (*Enciende un cigarrillo.*) ¿Dice us-
ed que a Inglaterra? ¿Y por cuánto tiempo?

PREYSING.—Eso depende de usted. No estaría mal tampoco pasar
espués una quincena en París... (*Acercándose mucho a ella.*) Lo
ue quiero saber es en qué condiciones...

FLAEMMCHEN.—Espere... (*Fuma.*) ¿Mil marcos? Y algún regalo
urante el viaje... Lo corriente... (*Aparentando ingenuidad.*) Ahora
recisamente me hacen falta unos zapatos de baile... Y las me-
ias de seda... tampoco están presentables, que digamos... (*Levan-
ándose mucho la falda.*) A la vista están.

PREYSING.—Habrá zapatos, y medias, y lo que haga falta...
Quiere usted un cheque?... Me figuro que le divertirá mucho eso
le ir a Inglaterra.

FLAEMMCHEN.—Mucho.

PREYSING.—Esta noche estipularemos las condiciones cenando...
Qué tal? Una cena para nosotros dos. Antes iremos al teatro...
Ah! Y como nos retiraremos tarde, diré que le reserven a usted
n el hotel...

FLAEMMCHEN.—Es usted el demonio.

PREYSING.—(*Tomándole la mano con entusiasmo.*) ¿Seremos
migos?

FLAEMMCHEN.—Si me suelta usted, sí.

PREYSING.—Como quiera... (*Llamando al portero.*) ¡Senf! (*Com-
parece el portero.*)

POSTERO.—Mande el señor.

PREYSING.—Búsqueme una habitación para esta señorita... Si
puede ser que esté en el mismo piso que la mía... Esta noche tengo
que trabajar y la necesito.

PORTERO.—Perfectamente. (*Vase.*)

PREYSING.—(*A Flaemmchen.*) ¿Entendidos?

FLAEMMCHEN.—Entendidos... (*Aparece GAIGERN.*) Gracias (*A
Gaigern*) por sus atenciones de esta tarde... (*A Preysing.*) Adiós.
(*Cuando va a salir se cruza con Senf, quien le dice.*)

SENF.—El 17.

FLAEMMCHEN.—Está bien... (*A Gaigern, riendo.*) El 17. (*Vase.*)

SENF.—(*A Preysing.*) Está al lado de la de usted... Si el señor
lo desea las comunicaremos...

PREYSING.—Sí.

SENF.—(*Aparte, saludando.*) (Me lo figuraba.) (*Preysing saluda
y se va. Gaigern pasea nervioso. Por la puerta del centro aparece
LA GRUSINSKAIA, con el joyero en la mano y seguida de WITTE.
Está llena de vitalidad.*)

GAIGERN.—Señora...

GRUSINSKAIA.—¿Cómo? Yo te creía en el teatro... ¡Aprisa, Su-
sana! (*Aparece SUSANA por la misma puerta, con el abrigo de su

señora.) Witte, no te entretengas... (*Witte y Susana desaparecen*) ¿Dónde has estado?

GAIGERN.—No he parado en todo el día.

GRUSINSKAIA.—¿Qué has hecho?

GAIGERN.—Buscar.

GRUSINSKAIA.—¿Qué?

GAIGERN.—Dinero.

GRUSINSKAIA.—¿Y lo has encontrado?

GAIGERN.—No; pero lo tendré mañana.

GRUSINSKAIA.—¿Vienes al teatro?... ¡Hoy sí que tengo gana de trabajar! ¡Pondré en mi arte toda el alma!

GAIGERN.—No puedo.

GRUSINSKAIA.—¿Qué has de hacer?

GAIGERN.—Jugar.

GRUSINSKAIA.—Sin locuras...

GAIGERN.—No las cometo nunca.

GRUSINSKAIA.—Me das miedo.

GAIGERN.—¡Y tú también!

GRUSINSKAIA.—¡Qué terco eres!

GAIGERN.—¡Y tú qué buena!

SUSANA.—(*Desde dentro.*) ¡Señora!

GRUSINSKAIA.—Voy... (*Vase después de dedicar una amorosa sonrisa a Gaigern. KRINGELEIN aparece por el otro lado, vestido de etiqueta.*)

KRINGELEIN.—¿Qué le parezco a usted?... (*Gaigern ríe y fuma*) ¡Conteste!

MUTACION



CUADRO SEXTO

ala de juego. Dos baccarrat. Cuatro caballeros, Gaigern, Krinelein y el Doctor, juegan. Silencio profundo. Champán en la mesa. ›tras mesas de juego se suponen fuera del escenario. Oyense las voces monótonas de los jugadores.

JUGADOR 1.º—(*El de la banca.*) ¿Qué hace usted?

GAIGERN.—Permítame.

JUGADOR 1.º—¿Cuántas?

GAIGERN.—Siete.

JUGADOR 2.º—Bastan.

GAIGERN.—(*Aparte.*) (¡Malo!)

JUGADOR 2.º—(*Dando.*) ¿Quiere más?

GAIGERN.—Gracias.

JUGADOR 1.º—Dos.

GAIGERN.—¡Baccarrat! (*Se levanta y se dirige a Kringelein. Los demás siguen jugando.*)

KRINGELEIN.—(*Bebiendo.*) ¿Cómo va eso, señor barón?... ¿Necesita más dinero?

GAIGERN.—Por ahora... Pero puede usted hacer banco... ¿Cuánto hay por cubrir?

JUGADOR 1.º—Mil doscientos.

GAIGERN.—Buen número.

DOCTOR.—¿Quién hace banco?

KRINGELEIN.—Otra copa de champán, señores...

JUGADOR 3.º—Yo, con quinientos...

KRINGELEIN.—Dejémosle... Yo estoy encantado con mi suerte, señor barón... He ganado más esta noche que en todo un año de empleado...

GAIGERN.—En cambio yo... (*Arrojando las cartas.*) ¡Liquidado!
KRINGELEIN.—¿Le presto...?
GAIGERN.—Gracias... Pero no debiera seguir jugando... Es lo mismo que tirar el dinero.
JUGADOR 2.º—¿Quiere usted la banca, señor Kringelein?
KRINGELEIN.—¡La tomaré! ¡Tengo la suerte de cara! ¡Champán, señores, que es el vino más caro que se conoce!
GAIGERN.—Van quinientos... *Le toma unas fichas a Kringelein.*
KRINGELEIN.—Con mucho gusto... (*Un poco asustado.*) ¡Va! (*Silencio. Gaigern pierde. Kringelein gana.*)
GAIGERN.—Es inútil.
KRINGELEIN.—¿Otra copa?
DOCTOR.—Vámonos, barón.
GAIGERN.—Espere. A la larga recobraré lo que he perdido.
WITTE.—(*Entrando, de etiqueta.*) ¿Le molesto, señor barón?
GAIGERN.—¡Al contrario!... ¿Y Elisabeta?
WITTE.—En este momento está presidiendo la cena de despedida que la ha ofrecido el embajador de Frnacia. A las siete veintisiete sale nuestro tren. La sèñora se va de Berlín triunfante.
GAIGERN.—¿Cómo ha estado esta noche?
WITTE.—Incomparable.
GAIGERN.—¿Quería usted decirme algo más?
WITTE.—Sí...
GAIGERN.—¿Qué?
WITTE.—Que el tren sale a las siete y veintisiete.
GAIGERN.—¡Faltan aún siete horas largas. ¿No juega usted, maestro?
WITTE.—Fuera del ajedrez...
GAIGERN.—Dígale que nos encontraremos en el tren mañana por la mañana, puntualmente.
WITTE.—(*Ceremonioso.*) Hasta pronto, señor barón. (*Sale. El Doctor ha observado esta escena detalladamente.*)
JUGADOR 1.º—Ocho.
KRINGELEIN.—Yo nueve...
JUGADOR 2.º—(*Levantándose.*) Con usted no se puede jugar...
KRINGELEIN.—(*Con una copa de champán en la mano.*) ¡Sigamos, señores míos! ¡No se vayan ustedes! Hoy es para mí un día sublime... Por primera vez he bailado... Por primera vez he jugado para ganar... ¡Y esto es la vida! ¿Quién es capaz de negarme que esto es la vida? (*Al principio del discurso hay mucho ruido, pero al fin le escuchan los jugadores.*) Pero yo no soy joven... Y además estoy enfermo... ¡Y por eso aprovecho los últimos días de felicidad que me queda!... ¡Juguemos! ¡Dejadme vivir mis últimas horas! Porque son las últimas... Vosotros mismos podréis acabar conmigo si tenéis valor... Ya sé que he bebido mucho... ¡Pero hay que irse al otro mundo con una embriaguez cualquiera... O con varias... O con todas las que existen. ¡Juguemos! ¡Ju-

uemos! Y luego, ¡matadme! (*Kringelein se siente acometido de un ataque epiléptico y cae sobre una silla. Todos acuden a socorrerle.*) ¡Favor! ¡Me muero! ¡Me muero!

DOCTOR.—(*Sacando la jeringuilla de las inyecciones de un estuche de bolsillo.*) ¡Dejadme!

KRINGELEIN.—(*Mirando aterrado al Doctor.*) ¿Qué va usted a hacer?

DOCTOR.—Aliviarle... Así... (*De da una inyección.*) Yo siempre llego a tiempo.

GAIGERN.—(*A Kringelein.*) ¿Está mejor?

KRINGELEIN.—Sí, muchas gracias. (*Ríe estrepitosamente.*)

DOCTOR.—Ahora, quieto...

GAIGERN.—¿Hay algún peligro?

DOCTOR.—No. El corazón responde.

KRINGELEIN.—(*A Gaigern, cogiéndole de la ropa.*) ¡No se vaya, no se vaya!

GAIGERN.—Cálmese. No me voy.

DOCTOR.—(*A Gaigern.*) Procuren no excitarle... Su mecanismo es el mismo que el de una puerta giratoria... ¡Dentro, fuera! ¡Fuera, dentro!... ¡Vivir, morir!...

GAIGERN.—¡Pero mientras se vive!... (*Gaigern ha robado la cartera de Kringelein. Este lo advierte y grita.*)

KRINGELEIN.—¡Mi cartera! (*Confusión general. Gaigern enciende un cigarro de frente a un espejo y de espaldas a Kringelein.*)

DOCTOR.—Pregunta dónde está su cartera.

KRINGELEIN.—¡No tengo más dinero que ése! ¡Todo lo mío estaba en la cartera!...

DOCTOR.—(*Mirando terriblemente a Gaigern.*) ¿Dónde está su dinero?

GAIGERN.—Ya lo ha dicho él: en su cartera.

KRINGELEIN.—¡Ocho mil marcos! ¡Mi fortuna!

DOCTOR.—(*A Gaigern.*) Ocho mil marcos es mucho dinero. ¡Qué gran viaje se puede hacer con ellos! A veces depende de una cantidad semejante la felicidad de un hombre... ¿Es verdad o no, señor barón?

KRINGELEIN.—¡Cuarenta años de ahorros, de sufrimientos, de trabajo, de esclavitud, de ahorrar hasta el pan de mis hijos! A mí me hubiera gustado tener un piano... Llevar cuellos flojos y limpios... Pero nada. El ahorro me hundía en la miseria... ¡Comprended lo que representan para mí estos ocho mil marcos! ¡Toda mi vida está aquí! ¡He de recuperarlos!... Si no los encuentro que me los den los que puedan... ¡Por caridad! ¡Por caridad!... En esta casa se apedrea con dinero, yo quiero que me apedreen a mí... Aunque me hagan daño... ¡Aunque me maten! (*Silencio. El Doctor juega con la jeringuilla de las inyecciones, sin dejar de mirar a Gaigern. Este, avergonzado, saca la cartera de Kringelein de su bolsillo y la pone sobre la mesa.*)

GAIGERN.—Aquí tiene usted su cartera, señor Kringelein.

KRINGELEIN.—(*Ingenuamente.*) ¿La tenía usted?

GAIGERN.—(*Tirando el cigarrillo.*) Para evitar que se la robase a usted. Buenas noches.

KRINGELEIN.—¡No se vaya, no se vaya!

DOCTOR.—(*Con ganas de mortificar a Gaigern.*) ¿Quiere uste que le diga a la señora Grusinskaia que no podrá usted partir co ella?

GAIGERN.—(*En el mismo tono.*) Cuando ella salga yo estaré co ella. ¡Pues no faltaba más!

KRINGELEIN.—¡No me deje solo, no me deje solo!

GAIGERN.—Tengo prisa, señor Kringelein. (*Vase rápidamente.*

KRINGELEIN.—¿Que tiene prisa? ¡Estando yo como estoy! ¡M mejor amigo! ¡Decidle que vuelva, que sin él me moriré!..., m moriré!

DOCTOR.—La muerte está en quien la lleva... No la trae ni l evita nadie... (*Kringelein sigue jadeante en la silla. El Doctor s guarda la jeringuilla en el estuche.*)

TELON



CUADRO PRIMERO

Un corredor en el que se ven las puertas de las habitaciones números 168, 169, 170, 171 y la puerta del ascensor. Media luz. En una cabina para avisadores de timbres hay una doncella dormida. Suena un timbre y enciende el número 170 en el cuadro avisador varias veces. Se advierte una gran impaciencia en el que llama. La doncella despierta y coge el auricular.

DONCELLA.—Central... Póngame el primero... ¡ Schurmann! ¡ Schurmann! Ven al 170... (*Entra un CAMARERO muy aprisa*)

CAMARERO.—¿Quién llama a estas horas?

DONCELLA.—El 170. Una señora. (*El Camarero entra de mala gana en el 170. La Doncella intenta dormirse de nuevo: pero una nueva señal la pone de pie.*) Ya voy. (*Vase. Sube el ascensor con*

la GRUSINSKAIA, WITTE, SUSANA y el BOTONES, que lleva una gran cantidad de flores, el Botones lleva las flores al 168.)

WITTE.—Lisabeta está radiante... Lisabeta es feliz.

GRUSINSKAIA.—¡Como nunca! Ya podemos preparar las maletas, Susana.

SUSANA.—¿Y las flores? ¿Las han traído todas? (*Entran en la habitación* 168.)

GRUSINSKAIA.—(*Precipitadamente.*) ¿De modo que viene en nuestro mismo tren? ¿Te lo ha dicho él?

WITTE.—Sí, me lo ha dicho.

GRUSINSKAIA.—¿Qué has encontrado en él?

WITTE.—Una inmensa satisfacción.

GRUSINSKAIA.—Quiero decir qué efecto te ha producido...

WITTE.—El de un funámbulo que está en el centro de la maroma... Y que se ha de caer de ella algún día.

GRUSINSKAIA.—(*Con entusiasmo.*) ¡Pero es todo un hombre! ¡Se hace querer tanto!... No creas que no me asusta a mí también el porvenir. (*Esto lo dice en voz baja.*) Buenas noches, amigo mío.

WITTE.—Buenas noches, Lisabeta Andreievna...

GRUSINSKAIA.—Yo todavía no me acuesto... Si le ves, envíamelo... (*Cierra su puerta, en el dintel de la cual estaba durante las últimas frases, y Witte se va por la derecha. Por la izquierda sale el CHOFER con el cigarrillo en la boca y se apoya con los brazos en la puerta del ascensor. Aparece en seguida el CAMARERO de la habitación* 170. *Al mismo tiempo viene por la otra parte la DONCELLA, con sábanas, mantas, un cubo, una escoba y una bayeta.*)

CAMARERO.—¿Haces una cama a estas horas?

DONCELLA.—Es una cama... Por si acaso.

CAMARERO.—Pero el turno ha terminado.

DONCELLA.—Hace veinte minutos.

CAMARERO.—¿Entonces por qué te cansas? Acabarás por no tenerte en pie.

DONCELLA.—Dan buena propina, chico.

CAMARERO.—Más te valdría hablar con la inspectora para decirle que no estás en disposición de trabajar día y noche por 130 al mes.

DONCELLA.—¡Y encima págate los delantales! (*Tropiezan con el Chófer.*)

CAMARERO.—¿Qué hace usted aquí?

CHOFER.—Esperar al señor barón de Gaigern.

CAMARERO.—Pero eso no puede ser. Cualquiera pensaría que...

CHOFER.—Soy el chófer del señor barón... Esa muchacha ya me conoce... (*Por la Doncella.*)

DONCELLA.—(*Al Camarero.*) Sí, déjale. (*El Camarero y la Doncella se van. Quédase el Chófer solo, silbando, y en la actitud en que se encontraba cuando le sorprendieron. Sube el ascensor. GAIGERN aparece, da una propina al lift y unos golpecitos en la nuca.*)

GAIGERN.—Saluda a tu novia de mi parte. (*El lift desaparece en el ascensor. Gaigern se acerca a la habitación* 168 *y la contempla con deleitación. Luego empieza a silbar, como antes el Chófer, y cuando va a salir precipitadamente se encuentra con su compañero.*)

CHOFER.—¡Alto!

GAIGERN.—(*Furioso.*) ¿Por qué me has seguido?

CHOFER.—¿Y tú por qué te escondes? Has estropeado el asunto de las perlas y ahora pretendes esfumarte...

GAIGERN.—¿De quién quieres que huya?

CHOFER.—De nosotros.

GAIGERN.—No me dais miedo.

CHOFER.—Pues debieras tenerlo.

GAIGERN.—¿Yo? Os pago y en paz.

CHOFER.—Si tuvieses dinero, no diría que no.

GAIGERN.—Lo tendré.

CHOFER.—¿Cuándo?

GAIGERN.—Esta noche.

CHOFER.—¿De dónde lo sacarás?

GAIGERN.—Eso es cosa mía.

CHOFER.—Es que si por algún motivo no...

GAIGERN.—Yo sigo mi camino... Estoy dispuesto a cambiar de vida. ¡A dejar de ser vuestro esclavo!

CHOFER.—No presumas ahora, barón... Con nuestro dinero no se juega ni se hace el señorito.

GAIGERN.—Vosotros a cobrar y a callaros.

CHOFER.—¿A cobrar de quién? ¡Vengan esos cuartos! ¡Seis mil marcos! ¿Eh?

GAIGERN.—(*Riendo.*) He dado al botones mi última moneda.

CHOFER.—Pues eso no tiene gracia... Sé razonable y piensa que si falla lo de las perlas, otra cosa saldrá.

GAIGERN.—Yo no soy como vosotros. Me costaría mucho trabajo dejar de ser el barón de Gaigern para convertirme en un ladrón.

CHOFER.—(*Riendo.*) Ahora el que ríe soy yo... Piensa que juegas con nuestro dinero y que si no nos pagas no sales del hotel. En cada puerta hay quien te vigila... Todas las salidas las tenemos tomadas... ¡Entérate, barón! (*Cambiando de tono.*) ¿Es que te faltan herramientas?

GAIGERN.—No... Pero, quién sabe si... (*Rápidamente le da el Chófer unas ganzúas y otras herramientas propias de ladrones, que se ha sacado del bolsillo.*)

CHOFER.—¿Bastan?

GAIGERN.—Sí. Me quedan cinco horas de tiempo todavía. (*Gaigern se guarda las herramientas.*)

CHOFER.—Adelante... (*Vase. Al mismo tiempo entra la DONCELLA.*)

GAIGERN.—¿Aun estás levantada?

DONCELLA.—Horas extraordinarias, señor barón.

GAIGERN.—¿Tanto trabajo tienes?

DONCELLA.—Cuarenta habitaciones para mí sola, y todas ocupadas.

GAIGERN.—¡Pobre Ana! Oye, ¿sabes dónde está la habitación del señor Preysing?

DONCELLA.—Es la 170... Y la de la señorita, la 171.

GAIGERN.—¡Ah! ¿Hay una señorita?

DONCELLA.—Sí, pero no es la suya... ¿Sabe?

GAIGERN.—(*Porque se oye música.*) ¿Hay música a estas horas?

DONCELLA.—Tocan hasta las dos en el pabellón amarillo.

GAIGERN.—(*Mirando su reloj.*) Las dos ya son. ¿Estará en su habitación el señor Preysing?

DONCELLA.—(*Sonriendo.*) Seguro en la de al lado...

GAIGERN.—Sabéis mucho los empleados de este hotel.

DONCELLA.—La experiencia.

GAIGERN.—(*Acariciando la espalda de la Doncella.*) ¡Pobre pequeña! ¡Cómo te explotan!...

DONCELLA.—(*Mirando con emoción al barón.*) ¡Qué buena persona es el señor barón!

GAIGERN.—¿Por qué no te vas a descansar? Los ojos se te cierran de sueño.

DONCELLA.—¡Muy amable!

GAIGERN.—(*Besándola ligeramente.*) Buenas noches, Ana.

DONCELLA.—(*Brillándole los ojos.*) Buenas noches, señor barón... (*Vase la Doncella. Gaigern permanece sólo unos momentos, saca su pistola, la examina, escucha en las puertas de Preysing y Flaemmchen y mira a todos lados con cautela. Todavía la música.*)

MUTACION



CUADRO SEGUNDO

A la izquierda, la habitación de Flaemmchen. A la derecha, la de Preysing. En medio, el cuarto de baño. La habitación de Preysing está a oscuras. FLAEMMCHEN aparece sola. Alguien llama a la puerta de la derecha. Ella escucha. Después empieza a desnudarse. Llaman sigilosamente en la puerta que comunica con el cuarto de baño. Flaemmchen escucha ya más intrigada y acude.

FLAEMMCHEN.—¿Quién?

PREYSING.—(*Desde el cuarto de baño.*) Soy yo, Preysing.

FLAEMMCHEN.—Espere un momento. Me estoy desnudando.

PREYSING.—Mejor... (*Entra en la habitación. Lleva un batín, ella no se inmuta. Unicamente procura cubrirse un poco con lo que puede. Coquetería pura.*)

FLAEMMCHEN.—Hubiera preferido desnudarme sola.

PREYSING.—El espectáculo vale todos los sacrificios.

FLAEMMCHEN.—(*Fría, pero obediente.*) Si usted se empeña... Y puesto que habla de sacrificios... Allá va... (*Sigue desnudándose. Preysing la contempla sentado en un sillón. Flaemmchen dobla su vestido ordenadamente como una colegiala y lo coloca sobre una silla al lado de la cama. Preysing sigue la operación en silencio. Cuando llega el momento de quitarse la combinación, Flaemmchen duda. Y se queda unos momentos contemplando la camisa de noche o el pijama. Luego se sienta y empieza a quitarse las medias enrollándolas.*)

PREYSING.—No... Las medias no te las quites... ¡Estas tan interesante con ellas!

FLAEMMCHEN.—¡Señor Preysing! (*Pero vuelve a subirse las medias.*)

PREYSING.—¡Qué bonita eres!

FLAEMMCHEN.—¿De verdad?

PREYSING.—(*Levantándose, abrazándola y pasándole solamente*

un dedo por el canal de la espalda. Sin embargo, se arrepiente en seguida de esta aventura y se aparta.) ¡De verdad!

FLAEMMCHEN.—¡Señor Preysing!

PREYSING.—*(Muy cerca de ella.)* ¡Mi Flaemmchen! *(Rápidamente va a la mesita de noche y comienza a sacarse el dinero, las llaves y otras cosas que lleva en el bolsillo del pantalón.)*

FLAEMMCHEN.—¿Piensa usted quedarse aquí esta noche?

PREYSING.—No... Es que me molesta esto en el bolsillo y... Pero no olvides que soy un caballero. *(Serio.)*

FLAEMMCHEN.—Porque es usted un caballero me asusto... Ahora, que tanto darle a usted motivo para que se enfade... Eso no... Es que estoy acostumbrada a dormir sola... Y no sé, todavía, si al fin será usted bueno conmigo...

PREYSING.—Me figuraba otra cosa de ti... Creí que eras más coqueta.

FLAEMMCHEN.—¡Siempre he sido una mujercita muy seria! Apuesto cualquier cosa a que le gusto a usted más vestida...

PREYSING.—¡De todas maneras!... ¡Pero, acércate..., ven!... *(La sienta en sus rodillas.)*

FLAEMMCHEN.—*(Negando con la cabeza, pero sin levantarse.)* ¡Esto no! ¡Esto no!

PREYSING.—¿Y por qué?

FLAEMMCHEN.—Porque no nos conocemos bastante.

PREYSING.—Es difícil comprenderte.

FLAEMMCHEN.—Verá usted... Una no ha de abandonarse tanto... Yo puedo ir con usted a Inglaterra, pero nada más... En cambio lo otro ata demasiado... No nos conviene a ninguno de los dos... Porque hay cosas que no admiten el usted... Hay que tutearse... Y figúrese el efecto que le produciría a usted, dentro de unos meses, que yo le dijese, al encontrarle en la calle: ¿Cómo te va, Preysing?... Sobre todo si fuese usted con su mujer... Porque el amor puede mucho, y a lo mejor se me escapaba la franqueza.

PREYSING.—A mi mujer dejémosla a un lado. Ni a ti ni a mí nos importa en este momento. Todas sois iguales...

FLAEMMCHEN.—*(En voz baja.)* Tengo frío... ¿Puedo ponerme el kimono?

PREYSING.—Me gusta verte así.

FLAEMMCHEN.—Se ve que está usted acostumbrado a tratar toda clase de muchachas... Yo creía que no había engañado nunca a su mujer...

PREYSING.—*(Envanecido.)* ¡Claro que estoy acostumbrado! ¿Qué imaginabas? Uno no es de cartón. Todavía puedo competir con esos mozalbetes elegantes que van al té de las cinco.

FLAEMMCHEN.—*(Levantándose y yendo al centro de la escena.)* ¿Ah, sí?

PREYSING.—Sí, sí... Y tú, aunque no estés acostumbrada a

tratar a hombres tan hombres como yo, ¿serás obediente, serás cariñosa conmigo?

FLAEMMCHEN.—Bueno... ¡Tú lo has querido!... ¿Ves?... Ya nos tuteamos... ¡Si era inevitable!

PREYSING.—(*Abrazándola.*) ¡Hueles a violetas!... (*La besa. Flaemmchen se deja. En la habitación de al lado cruje la puerta. Vese a GAIGERN en ella con su lámpara de bolsillo.*) ¿Oyes?

FLAEMMCHEN.—Hace tiempo... ¡Me gusta mucho oír desde lejos la música del pabellón amarillo!

PREYSING.—¿Música? Otra cosa es lo que oigo yo...

FLAEMMCHEN.—(*Desde este momento todo en voz muy baja y rápidamente.*) ¿Qué, qué?

PREYSING.—Ruido... Déjame... Voy a ver.

FLAEMMCHEN.—¿Adónde vas?

PREYSING.—Hay alguien en mi habitación... Y tengo la cartera en la americana...

FLAEMMCHEN.—Pero... (*Preysing escucha.*)

PREYSING.—¡Hay alguien en mi habitación!... ¡Y no tengo armas!

FLAEMMCHEN.—¡Oye!... (*Preysing se va. Flaemmchen se encoge de hombros y se pone el kimono. La habitación queda a oscuras. No hay luz más que en el cuarto de baño. En la cámara de Preysing todo est dispuesto como en la de Flaemmchen, con la sola diferencia de que lo que en una está en la derecha en la otra está en la izquierda, y viceversa. Gaigern, durante las últimas frases dichas en la habitación de Flaemmchen, tropieza con algo.*)

GAIGERN.—(*En voz baja.*) ¡Mala suerte! (*Silencio. Gaigern avanza a tientas. Con su lámpara examina la habitación, se da cuenta de la americana de Preysing y mete la mano en los bolsillos. Al encontrar la cartera, óyese ruido en el cuarto de baño. Gaigern apaga su lámpara y huye hacia la puerta de salida, pero no puede encontrarla. Preysing aparece en el dintel de la puerta de comunicación.*)

PREYSING.—(*Con cautela.*) ¿Quién hay aquí? (*Gaigern permanece entre la puerta y el armario, casi conteniendo la respiración. Preysing repite en voz más alta.*) ¿Quién hay aquí? (*Al fin, ilumina Preysing la habitación, pero Gaigern con otro interruptor que tiene a mano la apaga. El escenario vuelve a quedar a oscuras.*) ¡Kringelein! ¿Por qué me espías? (*Salta hacia la mesa de escribir y se da un fuerte golpe. Exclamación de dolor. Ha conseguido, sin embargo, encender la lámpara de encima de la mesa. Gaigern continúa callado.*) ¡Ah! ¿Qué hace usted aquí?

GAIGERN.—(*Tranquilamente.*) Perdone. Me he equivocado de puerta.

PREYSING.—¿Equivocado? ¡Eso habrá que probarlo!

GAIGERN.—(*Pálido.*) No tiene usted motivos para... Me he equivocado y basta...

PREYSING.—(*Gritando y al ver que Gaigern hace ademán de marcharse.*) ¡Quédese aquí! (*Gaigern se detiene. Preysing regis-*

tra su americana y ve que le han quitado la cartera.) ¡Usted, señor barón!

GAIGERN.—Necesitaba dinero... Usted no puede comprender...

PREYSING.—¿Necesitaba dinero? ¡Pues no lo tendrá! Irá usted a la cárcel como lo que es: como un ladrón vulgar.

GAIGERN.—¡Calle!... Llame a la policía si quiere, pero... ¡Calle!

PREYSING.—¡No quiero callar! ¡Que todos sepan que el señor barón es un rata de hotel!

GAIGERN.—Por favor...

PREYSING.—No hay favor... Así aprenderá usted a no presumir de aristócrata con dinero robado...

GAIGERN.—(*Apuntando a Preysing con su pistola.*) ¡Pues a la fuerza! ¡Si no calla usted, disparo! (*Preysing coge una lámpara que está detrás de él y la apaga de un golpe. Otra vez la habitación a oscuras. La lámpara ha sido arrojada en dirección a Gaigern. Oyese un golpe y un ruido de un cuerpo que cae al suelo.*)

PREYSING.—¡Dispare ahora, dispare ahora!... (*Como Gaigern no contesta dice Preysing intranquilo.*) ¿Qué? ¿Qué le ha pasado? (*Busca el interruptor y no lo encuentra. Tan nervioso está. Finalmente logra encender la luz. Gaigern está en el suelo exánime. Preysing se inclina hacia él y lo zarandea.*) ¡Hable! (*Al ver que no responde, y que Gaigern es un cuerpo inanimado, se hace varias veces la siguiente pregunta, en voz muy baja y una manera casi mecánica.*) ¿Pero qué ha pasado? ¿Pero qué ha pasado? ¿Pero qué ha pasado? ¿Pero qué ha pasado? (*Pausa. Preysing se seca el sudor de la cara. Flaemmchen, sin hacer ruido, abre la puerta del cuarto de baño y permanece en el dintel, sorprendida y cubriéndose con el kimono.*)

FLAEMMCHEN.—(*Asustada.*) ¿Qué hay? ¿Con quién hablaba?

PREYSING.—(*Ante el cuerpo de Gaigern, rígido, y en voz muy baja.*) ¡No lo sé!

FLAEMMCHEN.—¿Cómo que no lo sabe? (*Viendo el cuerpo de Gaigern.*) ¡Y eso!

PREYSING.—Calla... No grites ahora... Ha sido en defensa propia.

FLAEMMCHEN.—(*Ahogando un grito con el llanto.*) ¡Oh! (*Va hacia la puerta de salida vacilante. Todo lo que sigue muy aprisa.*)

PREYSING.—(*Cortando el paso a Flaemmchen.*) ¡No escandalices ahora!

FLAEMMCHEN.—¡Déjeme salir!

PREYSING.—¿Te has vuelto loca? (*Corriendo el cerrojo de la puerta.*)

FLAEMMCHEN.—¡Paso!

PREYSING.—¿No ves que las paredes son de papel y en la habitación de al lado esta Kringelein?

FLAEMMCHEN.—(*Gritando.*) ¡Kringelein, Kringelein, Kringelein!

PREYSING.—(*Saltando hacia ella y tapándole la boca.*) ¡Silencio! Primero hay que pensar...

FLAEMMCHEN.—(*Suplicante.*) Déjeme salir... (*Llaman. Flaemmchen retrocede. Vuelven a llamar.*)

PREYSING.—(*Con voz apagada.*) ¿Quién es?

KRINGELEIN.—(*Desde fuera.*) Abra.

PREYSING.—¿Es Kringelein?

KRINGELEIN.—Abra.

PREYSING.—No entrará nadie... (*Pero Flaemmchen abre la puerta.*)

KRINGELEIN.—He oído gritar y... (*Ve el cadáver de Gaigern.*) ¡El barón!

PREYSING.—Ha entrado a robar, a asesinarme... ¡Y lo he matado!

KRINGELEIN.—(*Aterrado.*) ¡Muerto!

FLAEMMCHEN.—(*Histérica.*) ¡Sáqueme de aquí, Kringelein! (*Se abraza a Kringelein nerviosamente.*)

PREYSING.—Esa señorita...

KRINGELEIN.—No tema por ella, la pondré en lugar seguro. Vamos, señorita. Hasta ahora.

FLAEMMCHEN.—(*Sin voluntad.*) Sí... Vamos. (*Kringelein se la lleva. Gran Pausa. Preysing no cesa de mirar el cadáver de Gaigern. Luego va al teléfono y llama.*)

PREYSING.—Portería... Perdone, me he equivocado... (*Cuelga el auricular, va al cuarto de baño y se echa agua en la cara. Kringelein aparece nuevamente en la puerta. Va hacia el muerto y se inclina para verle.*)

KRINGELEIN.—Tiene los ojos abiertos.

PREYSING.—(*Desde la puerta del cuarto de baño.*) ¡No lo toque! Hasta que venga la policía...

KRINGELEIN.—En seguida la tendremos aquí. Me he permitido avisarla.

PREYSING.—¿Usted?... ¿Pero qué hace usted aquí ahora?

KRINGELEIN.—He venido a buscar la ropa de la señorita Flaemmchen.

PREYSING.—(*Volviendo al cuarto de baño.*) Está en la otra habitación... (*Kringelein vuelve a mirar a Gaigern. Luego apaga la luz y sigue a Preysing. La próxima escena ocurre ya en la habitación de Flaemmchen, que durante la anterior ha permanecido iluminada.*)

KRINGELEIN.—¿Desea decirme algo el señor director antes de que venga la policía? Estoy a la disposición de usted. Aunque haya habido algunas diferencias entre nosotros...

PREYSING.—No sé... Espere...

KRINGELEIN.—¿Quiere el señor director que avise a su padre político? ¿O a su señora?

PREYSING.—(*Rabioso.*) ¡No, no, no!

KRINGELEIN.—Estoy dispuesto a hacer todo lo que que el señor director me mande.

PREYSING.—Usted no puede marcharse... Le necesito... Hasta que venga la policía... Como testigo.

KRINGELEIN.—Mi declaración será muy breve...

PREYSING.—Era un canalla... Intentó robarme la cartera.

KRINGELEIN.—(*Sonriendo.*) Es posible... Pero, no me parece suficiente razón para matar a un hombre...

PREYSING.—Entonces... ¿Por qué ha avisado usted a la policía? ¿Quién se lo ha ordenado?

KRINGELEIN.—La señorita Flaemmchen...

PREYSING.—¡Ah, ya comprendo! Todo ha sido una celada que me han preparado el barón y esa mujer... Me atrajo a su habitación para que él, mientras, pudiera robarme... ¡Hay que detener a Flaemmchen! ¿Lo oye, Kringelein?

KRINGELEIN.—Yo he venido simplemente a buscar su ropa...

PREYSING.—Escuche, Kringelein... He de hablar con usted antes de que venga la policía.

KRINGELEIN.—Y yo he de llevar la ropa a la señorita Flaemmchen para que cuando venga la policía la encuentre vestida...

PREYSING.—Verá usted... Entre hombres se puede tratar todo. Lo de Gaigern no me asusta. Vino a robarme y le maté en defensa propia. Puedo probarlo, y lo probaré. Pero... El caso de la señorita Flaemmchen... Compréndame usted... Si se supiera... Mi mujer, mi familia... ¡Un escándalo! ¡Mi hundimiento total! Por eso le ruego a usted que me ayude...

KRINGELEIN.—¿Cómo?

PREYSING.—Callando. Encárguese usted de la señorita Flaemmchen. ¿No está en su habitación?... Pagaré lo que sea... Ahora mismo le extenderé un cheque... Mi destino depende de usted.

KRINGELEIN.—(*Con calma impresionante.*) ¿Y el mío, señor director general? ¿Qué ha hecho usted del mío que estaba en sus manos? Ahora le toca a usted sufrir...

PREYSING.—Le prometo no averiguar de dónde saca usted el dinero para esos viajecitos... Le apoyaré a usted... Y si quiere volver a la fábrica mejoraré su situación...

KRINGELEIN.—(*Creciéndose.*) Muchas gracias. Pero sepa usted que mi dinero lo he ahorrado con mi trabajo de todos los días. Dos mil trescientos marcos ahorró mi padre en cuarenta y seis años de trabajo. Yo he venido pagando veintidós marcos cada mes para asegurar mi vida; y, aun así, he podido llevar dos marcos cada mes a la Caja de Ahorros... Y así he podido ir arrastrando mi enfermedad... Mil doscientos marcos como indemnización por enfermo y cuarenta marcos de gratificación por muchos meses de trabajo extraordinario... Y ya tiene usted sumados dos mil doscientos marcos, señor director general... En cambio, usted... ¿Puede decirme con la misma claridad de dónde ha sacado su fortuna?

PREYSING.—¡Viene alguien!

KRINGELEIN.—¡Ah! Y lo de volver a la fábrica, nunca... ¡Nunca!

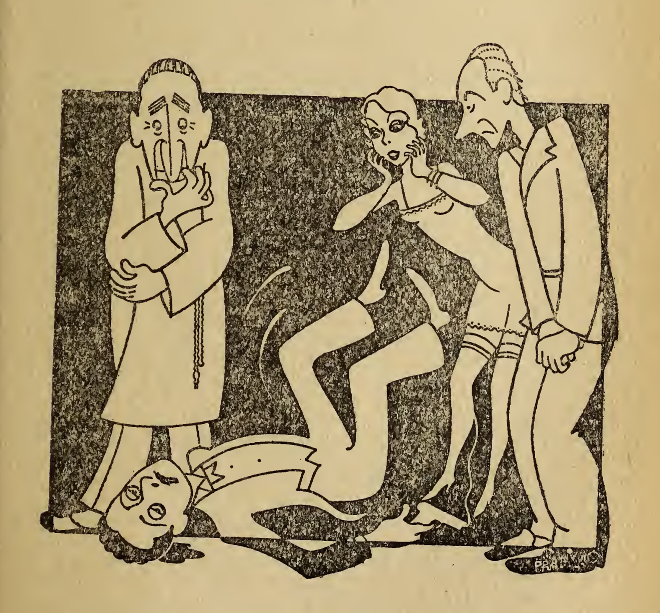
PREYSING.—Digo que si viene alguien. (*Desfallecido.*)

KRINGELEIN.—(*Sosteniendo a Preysing, que está a punto de ser víctima de un desvanecimiento.*) ¡Pues en estos momentos es cuando se conocen a los hombres!

UNA VOZ.—Abran a la policía.

KRINGELEIN.—Pasen. (*Tres hombres con traje oscuro aparecen en el dintel de la puerta.*)

MUTACION



CUADRO TERCERO

La habitación de la Grusinskaia. Varios baúles y maletas esparcidos, SUSANA se ocupa del equipaje. Va poniendo los trajes de baile en el baúl-armario. La GRUSINSKAIA que lleva un magnífico vestido de noche, está sentada delante del espejo.

SUSANA.—Ya ha cesado la música.

GRUSINSKAIA.—Nunca había estado el hotel tan silencioso como ahora.

SUSANA.—Es que son las tres... (*Bosteza.*)

GRUSINSKAIA.—¡Qué cansada estás!

SUSANA.—¿Y la señora no lo está?

GRUSINSKAIA.—Yo, no.

SUSANA.—(*Pausa.*) ¿La señora no se desnuda?

GRUSINSKAIA.—Sí, ahora... (*Pausa.*) ¿Y si me hiciera otro peinado?... Así, por ejemplo... (*Susana ríe.*) ¿Por qué ríes?

SUSANA.—Porque recuerdo una cosa que me dijo una vez la señora.

GRUSINSKAIA.—¿Qué era?

SUSANA.—Que cuando una mujer está enamorada le da por cambiar de peinado... Y en eso se conoce que lo está...

GRUSINSKAIA.—(*Riendo.*) Sobre todo cuando el cambio se me ocurre a las tres de la madrugada...

SUSANA.—Vamos, señora, que he de guardar el vestido y las perlas...

GRUSINSKAIA.—Hacer el equipaje, deshacerlo, partir, llegar, hotel, hotel, hotel...

SUSANA.—(*Ayudando a desnudar a su señora.*) Siete baúles para la señora. Cincuenta y ocho para la compañía y un vagón lleno de decorado.

GRUSINSKAIA.—¡Cómo huelen las flores!

SUSANA.—Es una lástima que no podemos llevárnoslas.

Grusinskaia.—Me tomaré unas vacaciones, Susana... Iremos a Tremezzo. Quiero vivir como una señora...

Susana.—¡Como una señora! ¡Como una chiquilla! ¡Si parece que tenga diez y siete años la señora!

Grusinskaia.—¿Está todo?

Susana.—Todo.

Grusinskaia.—Tenemos tiempo de dormir un rato. Anda, Susana.

Susana.—Que descanse la señora.

Grusinskaia.—Gracias. (*Sale Susana. Grusinskaia se acuesta y coge el teléfono de la mesita de noche.*) Portería... ¿La habitación del barón de Graigern? Sí. (*Pausa.*) ¡Cheri! ¡Cheri!... He de despertarle... ¿Me oyes? ¡Dormilón!... ¡Hay que darse prisa!... ¡Tengo unas ganas de verte! ¡No puedo dormirme! ¡Pensé que vendrías! ¡Flix! ¡Flix! ¿Quieres desesperarme? ¡Dormido! ¡Dormido!... (*Mientras dice estas últimas palabras varios relojes del hotel de diferentes timbres dan las tres.*)

MUTACION

CUADRO CUARTO

El hall del hotel. Madrugada. Tonos grises. Ambiente de frío. Las sillas han sido colocadas sobre las mesas. Una mujer friega el suelo, cantando en voz baja. Un camarero limpia las alfombras con un aspirador eléctrico. Otros lleva ceniceros en la mano. En la cabina del portero hay un empleado medio dormido. Un vendedor de diarios entra por la puerta giratoria y deja un montón de ellos en el mostrador de la portería, marchándose luego. El encargado de los coches se pone el uniforme, cruza el hall y vase por la puerta giratoria a la calle.

Un camarero.—(*A otro que ha tropezado con el cordón del aspirador.*) ¿Qué haces?

Maitre.—(*Que aparece de pronto.*) ¡No grites!

El vendedor de diarios.—(*Cuando ha entrado.*) Buenos días.

Todos.—Buenos días.

El portero.—(*Al entrar.*) Buenos días.

Todos.—Buenos días. (*También el Portero se pone el uniforme.*)

Empleado.—El portero de noche ya se ha ido. Se ha retrasado usted veinte minutos.

Portero.—He pasado en la clínica toda la noche. No ha nacido hasta las cuatro

Empleado.—Enhorabuena. ¿Niño o niña?

Portero.—Niña... Estoy cansado... No puedo ni abrir los ojos... Dos noches sin dormir... Dadme el diario. Hay que llamar al del 267... Y pasar revista a los chicos...

Empleado.—(*Al teléfono.*) Oiga... ¿267?... Señor doctor... Son las cinco cuarenta y cinco... Central, cuarto piso. Los chicos a la revista. (*Pausa. Oyense voces callejeras. Se presentan varios BOTONES formados como un pelotón. El Portero hace la revista.*)

Portero.—Buenos días.

Los botones.—Buenos días.

Portero.—A ver las manos... (*A uno.*) ¿Qué uñas son estas?...

Fuera las gorras... Ya os las podéis poner... ¿Y el número 7?... Falta. (*Al empleado.*) Apunta... Si vuelve a venir tarde, le despides. Marchaos. (*Los Botones se sientan en un banco cerca de la puerta. Por el fondo viene KRINGELEIN con FLAEMMCHEN, y detrás de ellos otro CONSERJE.*)

CONSERJE.—El comisario cree que la declaración de usted basta. Siento mucho que hayan tenido ustedes que pasar por estas molestias...

KRINGELEIN.—(*Sentándose en el primer término con Flaemmchen.*) ¿Tiene usted frío?

FLAEMMCHEN.—Un poco

KRINGELEIN.—Traigan una taza de té para la señorita.

BOTONES.—En seguida. (*Vase.*)

KRINGELEIN.—Preysing tenía que acabar así... Era su hora.

FLAEMMCHEN.—Yo no niego que no fuese el barón una mala persona, pero resultaba tan amable, tan simpático... ¡Y pensar que sigue allí arriba, rígido, con los ojos abiertos!

KRINGELEIN.—Necesitaba dinero... Lo estuvo buscando todo el día. Había disfrutado mucho de la vida, pero en el fondo era un infeliz... ¡Y que a un hombre así le haya Preysing arrancado la vida!

FLAEMMCHEN.—Preysing... Hasta el nombre es molesto.

KRINGELEIN.—¿Por qué entonces le hiciste caso?

FLAEMMCHEN.—Un poco de interés y un poco de falta de voluntad. (*Sirven el té a Flaemmchen.*) ¡Son tan pobres en mi casa! Para un despacho dicen que soy demasiado bonita. Para maniquí no sé qué defectos me encuentran que yo no me he encontrado nunca... Y para el cine, que es mi ilusión, necesito vestidos, un porte especial... Preysing me hubiera dado mil marcos.

KRINGELEIN.—¡Lo que es el dinero! Ahora empiezo a darme cuenta. Si supieses...

FLAEMMCHEN.—Por nada del mundo quiero volver a mi habitación.

KRINGELEIN.—Yo me encargo de todo. ¿Quieres quedarte conmigo?

FLAEMMCHEN.—¿Contigo? ¡Ay! ¿Con usted?

KRINGELEIN.—Estarás muy bien. Tengo seis mil doscientos marcos en la cartera... Tres mil ganados honradamente en el juego... Hay para una temporada... Y ganaré más... ¡Huiremos!

FLAEMCHEN.—¡Si es a París digo que sí!

KRINGELEIN.—Adonde quieras. Tú tendrás todo el dinero, Tú dispondrás de todo. Y luego...

FLAEMMCHEN.—¿Luego, qué?

KRINGELEIN.—Cuando yo falte, que quizá no sea tarde..., no me abandonarás...

FLAEMMCHEN.—De eso no ha de hablarse. Yo conozco a un doctor que hace curaciones maravillosas. Iremos a verlo.

KRINGELEIN.—Pero no lo digas a nadie... Creo que estarás con-

migo mejor que con Preysing. Ahora ya..., ¿me quieres más que a él? ¡Confiésalo!

FLAEMMCHEN.—Sí; mucho más, porque tú..., ¡tú!..., eres bueno.

KRINGELEIN.—(*Al portero.*) ¿Cuándo sale el primer tren para París?

PORTERO.—A las seis cincuenta. Tienen tiempo los señores.

KRINGELEIN.—Mi cuenta y la de la señorita... Vamos, Flaemmchen. Haz el equipaje en un momento... (*Vanse los dos. Al mismo tiempo entra MEIERHEIM por la puerta giratoria y tropieza con WITTE, que ha salido del ascensor.*)

MEIERHEIM.—¡Hola, maestro! ¿Dónde está la Grusinskaia? Si no corre perderá el tren... ¡Ah! ¿Ha visto usted la prensa? ¡Qué triunfo!... Que la llamen en seguida. (*Lee un periódico. Witte va a la cabina del portero.*)

WITTE.—(*Al Portero.*) Si la señora Grusinskaia pregunta por el barón, ni una palabra.

PORTERO.—Muy bien, señor. (*La GRUSINSKAIA sale del ascensor seguida de SUSANA, que lleva el maletín de las joyas. Por el hall pasan mozos con baúles.*)

GRUSINSKAIA.—Buenos días, Meierheim... Buenos días, maestro... ¿Estamos?

MEIERHEIM.—Estamos... esperándola a usted... Vea los periódicos.

GRUSINSKAIA.—(*Distraída, como si esperara a alguien.*) Los periódicos... Sí... Al fin se han dado cuenta de quién soy yo... (*A Witte.*) ¿Cómo no está aquí? Ha de venir con nosotros.

WITTE.—Ya vendrá.

MEIERHEIM.—¿Vamos?

GRUSINSKAIA.—Es que estoy esperando...

MEIERHEIM.—No hay tiempo para esperar a nadie. Todo el equipaje está en la estación... Y la Deprés está que brinca... Dice que no va en tercera aunque la emplumen... Vamos, Witte... Convenza a la señora de que no puede perder un minuto...

GRUSINSKAIA.—Ya voy... Pero antes, déjenme... (*Aparte.*) (Quisiera reconcentrarme y adivinar...) (*Bajo.*) ¿Dónde estás, Flix? ¡Quisiera ver cómo es tu afán de reunirte pronto conmigo!... (*Ilumínase en la parte de arriba la habitación en donde se ha cometido el crimen. Ante el cadáver de Gaigern están los tres agentes de la comisión criminal y PREYSING. Este, sentado, con la cabeza caída sobre el pecho.*)

PORTERO.—(*Contemplando a la Grusinskaia.*) ¡Si supiera!

WITTE.—¡Si le hubieran dicho!

DOCTOR.—(*Apareciendo por el ascensor.*) Media hora de ignocia. ¡Bendita seas! (*En la escena iluminada.*)

JUEZ.—¿Y quién nos dice, señor Preysing, que no haya metido usted mismo la cartera en el bolsillo del muerto para probar su legítima defensa?

PREYSING.—(*Furioso, pero materialmente acabado.*) ¡Esto, no!

JUEZ.—La declaración del señor Kringelein no le favarece nada.
PREYSING.—¡Esto, no; esto, no! (*Oscuro.*)
MEIERHEIM.—¡Lisabetta!
GRUSINSKAIA.—(*Sonriendo como transportada.*) Cuando quieran ustedes. (*Aparte, mientras se marcha con Meierheim y con Witte.*) Le veo... Marcha delante de mí... Corre más que la imaginación mía... Ya voy, Flix, ya voy...) (*A los que se quedan.*) ¡Adiós todos, y un recuerdo grato para Lisabetta Andreievna, la Grusinskaia! (*Vase rutilante con Meierheim y Witte. Los empleados la saludan cariñosamente. Y en seguida se ponen todos en fila junto al ascensor para despedir a Kringelein y a Flaemmchen. El primero aparece repartiendo propinas.*)
EMPLEADO.—¡Señor Kringelein!
BOTONES.—¡Señor Kringelein!
OTRO BOTONES.—¡Señor Kringelein!
KRINGELEIN.—(*A Flaemmchen, que hace un estremecimiento de frío.*) ¿Tienes frío, todavía?
FLAEMMCHEN.—Sí; pero mañana lo habré olvidado todo.
DOCTOR.—(*A Kringelein.*) ¿Y a mí no me dice usted nada?
KRINGELEIN.—(*Mirando al Doctor con espanto.*) No... Ahora, no... Soy feliz... (*Le da la mano tímidamente.*) Adiós, doctor... (*Salen Kringelein y Flaemmchen seguidos de un batallón de criados con baúles, maletas, etc.*)
DOCTOR.—(*Preguntando al portero.*) ¿Hay algo para mí? ¿Cartas? ¿Telegramas?
PORTERO.—Lo siento, señor doctor, pero no hay nada.
DOCTOR.—Siempre lo mismo. Yo no soy más que una sombra. Nunca llega ni sale nada para mí.
PORTERO.—¿Se marcha usted hoy, señor doctor?
DOCTOR.—Tampoco. ¡Qué más da estar aquí o en otra parte! El hotel, siquiera, es un mundo pequeño. Pasan la vida y la muerte precipitadamente. Y si no hubiera alguien que como yo (*Sentándose*) permaneciera en su punto de observación, ¿quién contaría las bufonadas, las comedias y los dramas de los grandes hoteles? Me quedo... No importa que no se acuerde nadie de mí... Con acordarme yo de todos, con ser algo de todos, basta. Me quedo, me quedo... (*Oscuro. Vuelve a aparecer el reclamo luminoso del Gran Hotel, y el barullo de timbres, claxons, bocinas, etc., recuerda el principio de la obra.*)

TELON



l

RIVADENEYRA, S. A.—ARTES GRAFICAS.—MADRID